Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
Universidad Francisco Marroquín

http://www.archive.org/details/ensayospoticos00lapaguat

ENSAYOS POETICOS

POR

Vicenta Laparra de la Cerda.

GUATEMALA, 1883.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

Al inspirado Poeta D. F. L.

De tu brillante lira las notas inmortales,
Yo siento que resuenan aquí en mi corazon:
Cual vibran en el bosque del ave los cantares,
Saludando del alba el nítido arrebol.

¡Ya surgen á millares los rayos de colores!
Modulan tus cadencias, al despuntar la luz;
Y luego te despides de la sombria noche,
Cuando el éter se baña de bello tinte azul.

Y cantas el fantasma de negra cabellera
Cuando por el Oriente apareciendo vá,
El ángel que reviste de galas la floresta
Y el aura matutina comienza á suspirar.

Tu mente se extasía midiendo el horizonte
Y en ella se refleja su vívido fulgor:
Por eso tus cantares en el confin del orbe,
Resuenan y conmueve su grata vibracion.

Y ves como titilan muriendo mil luceros
Ocultos en un fondo de gualdas y zafir;
Cuando la bella aurora derrama sus destellos
Y borda de brillantes el prado y el pensil.

Y cuando zozobrando las blancas nubecillas
Su lecho de verdura se aprestan á dejar
Y su flotante veste recojen conmovidas
Y saludan corteses el lampo matinal.

¡Desátase tu lira en suaves armonias!
La vida se despierta.....¡y suena tu laud!
Remedas el arroyo jugando con las brisas,
Y cantas como el lago que susurra en el tul.

Tus notas las tomaste de la sentida tórtola;
Tus trinos se parecen, al canto del turpial:
Y tienes las cadencias de la vertiente ignota,
Y las potentes voces del encrespado mar.

¡Cuan tierna melodía de tu alma se levanta
Y sube hasta los cielos en mística oracion!
Tu mente soñadora la inspiracion inflama,
Y cantas la carrera que va á medir el sol.

Yo creo que te elevas en diamantino carro
Cantor de las bellezas de América Central;
Recorres los espacios de lauros coronado,
Y desciendes al mundo con fatigoso afan.

La corona del vate, ostentas en tu frente
Y esparces en mi patria su deslumbrante luz.
¡Oh! bardo americano, tu lira me conmueve,
Y tu acento sublime destroza mi laud.

¿Qué puedo yo decirte cantor del firmamento?
¿Qué vale ante tu lira el eco de mi voz?....
Perdona pues si callo, si para tí no tengo,
Por tan grandioso que eres, un canto en tu loor.

EN LA PRIMERA PÁGINA DEL ALBUN

DE LA SIMPÁTICA

Señorita Victoria Solares.

La página primera de tu álbum,
Voy á manchar bellísima Victoria,
Y será mi cancion triste memoria
Consagrada á tu síncera amistad.
En ella no hallarás la melodía
Ni la sentida inspiracion del poeta;
Pues solo surjen en mi mente inquieta
Mil fantasmas de negra adversidad.

No es mi cantar el ramo de azucenas
Que esparce en torno su fragante aroma;
No es el tierno arrullar de la paloma,
Sino el triste suspiro del dolor.
Voy á herir tus oidos, bella niña
Con las quejas de una alma lacerada
Que fija en el vacio su mirada,
Y solo abrojos halla en derredor.

Pero al través del pavoroso velo,
De mi negra y mortal melancolía,
Yo te veo brillar, Victoria mia,
Cual blanca estrella, allá en ignoto mar.
Y por eso te ofrezco los suspiros
Que exhala mi alma de sufrir cansada
Recíbelos camelia perfumada
Y alivie tu cariñó mi pesar.

Eres un ángel; y mi triste pena
Puede calmar tu melodioso acento,
Porque vibra en tu voz el sentimiento
Que se anida en tu tierno corazon.
Enjugará las gotas de mi llanto
Tu bella mano, celestial criatura,
Y al través de mi noche de amargura
Veré brillar hermosa la ilusion.

Tu bien sabes, Victoria, que mi vida,
Es un cáliz enchido de congoja,
Y mi dicha, la flor que se deshoja,
En apartada y triste soledad.
Es el perfume que arrebata el viento,
El sonido de un canto que se aleja;
El último destello que nos deja:
La luz que cubre, densa oscuridad.

Y tú, mi dulce amiga eres el ángel
Que viene coronado de inocencia,
A poetizar la mísera existencia
De un corazon cansado de sufrir.
Por eso elevo mi plegaria al cielo
Pidiendo que te colme de alegria,
Que sea tu presente la poesia,
Y un eden tu risueño porvenir.

A la Señorita Elisa Azmitia,

En su cumpleaños. A ruego de mi hija Luz.

Quiero cantar el venturoso dia
En que veniste al mundo Elisa bella;
Como una blanca y matinal estrella
De esplendido y magnifico fulgor;
Simpatica, graciosa y hechicera:
Modesta cual la tímida violeta,
¡Hermosa como el sueño del poeta!
Y pura cual la esencia de la flor.

¿Pero que valgo yo mi dulce amiga?
¿Qué vale dí mi lira destemplada,
Para decir que brilla en tu mirada
El encanto de májica ilusion?
Que tienes la sonrisa del querube
Y la esbeltez de cimbradora palma;
Que tienes sentimiento y tienes alma,
Y la voz de las arpas de Sion?

Yo me figuro que en tu blanca cuna
Un enjambre de gracias te rodearon,
Y en tu frente de nacar colocaron
La aureola del candor y la virtud.
Y sonriendo te dieron la belleza
Del físico y del alma Elisa mia:
El talento y la suave simpatia
Y el brillo de lozána juventud.

¡Quiera el cielo rodearte de ventura!
En dulce calma pases tu existencia,
Y el angel tutelar de la inocencia
Su ála de rosa tienda sobre tí.
Y te guarde mi bien de las espinas
Que brotan de la vida en el camino,
Y jamás en tu rostro peregrino
Refléje la amargura y piensa en mí

Y si en un día con flores de naranjo
Veas ceñida tu graciosa frente,
Y cubierto del velo trasparente
Te llegas ante el trono del Señor,
No olvides niña nuestra tierna infancia
Y la santa amistad inmaculada,
No sea en el olvido sepultada
Como una adelfa mustia y sin color.

El Escéptico.

Voy de la vida por el desierto
Odiando al hombre y á la mujer,
Por un sudario llevo cubierto
Mi pecho frio, mi pobre ser.

Mis ilusiones se disiparon
En un oceáno de amarga hiel,
Y aqui en el alma solo dejaron
Negro vacio, ponzoña cruel.

No veo flores en mi camino,
Solo fantasmas de torva faz,
Tronchar abrojos es mi destino,
Sin un momento de dulce paz.

¡No hay amistades! ¡todo es engaño!
En los amores no tengo fé:
Mató esas creencias el desengaño,
Sin dejar sombra de lo que fué.

Cruzo la tierra como un idiota
Que solo muerte mira en redor,
Cual los cristales de fuente ignota,
En cuya márjen no hay una flor.

Y de la tierra la inmensa orjia
Cansada el alma quiere dejar;
Porque me carga su algaravia,
Y es de maldades hirviente mar.

Pero al dejarle !quiero que se unda
En el abismo la falsedad!
¡Que corra sangre, materia inmunda!
¡Que se ahogue en llanto la humanidad!

Quiero que sienta lo que yo siento;
Quiero que llore cual lloro yo:
Quiero brindarle todo el tormento
¡Que en copa de oro á mi me dió!

Quiero burlarme de sus dolores:
¡Reirme quiero de su afliccion!
Porque ha tronchado las bellas flores
Que coronaban mi corazon.

EL SOÑADOR.

¿Que voz terrible en mis oídos
Cual una tromba biene á sonar?
¿De un ser que sufre son los jemidos?
¿Es el retumbo de hirviente mar?

¡Odio! ¡me grita con zaña fiera!
¡Odio repite la ronca voz,
Ycual el morbus destruir quisiera
En un instante la obra de Dios.

Oye vestiglo, fantasma, duende:
Si es de pantera tu corazon,
Al otro mundo la marcha emprende;
¡Deja la tierra por compasion!

Si odias al hombre y á las mujeres
¡Vete al infierno por Barrabás!
Con el demonio riñe si quieres,
Mas no me robes la dulce paz.

Yo soy el vate que solo aspira
Suaves perfumes en el verjel;
Nunca he bañado mi pobre lira,
En la ponzoña de amarga hiel.

Del que padece soy fiel amigo,
De las mujeres, el trovador;
Canto sus gracias y las bendigo,
Doy mi cariño, brindo mi amor.

Sobre las álas de la esperanza
Por este mundo cantando voy,
Veo querubes en lontananza,
Y en un oásis, pienso que estoy.

Llevo en la mente gratas visiones:
Creo en el hombre y en la amistad,
Y siempre lucen mis ilusiones
Abrillantando la humanidad.

Si por acaso el blanco velo
Se desvanece de la ilusion,
Cierro los ojos, pienso en el cielo,
Y allí reposa mi corazon.

Si te parece que estoy soñando,
¡Toda mi vida quiero soñar!
¡Vete al infierno tigre nefando
Y no me vengas á despertar!

La Coqueta.

Como soy tan bonita y siempre escucho,
Que esclaman los transeuntes ¡que galana!
Confieso madre que me gusta mucho,
Asomarme un ratito á la ventana.
Y como pasa Carlos y Perucho,
Y hago muecas á tarde y á mañana,
La vecina me llama vanidosa;
Pero es que la vecina es envidiosa.

Y como ella es mas fea que el demonio
Y está llena de arrugas y de canas
Y ya no le hace fiestas don Antonio,
Dice que son las ilusiones vanas:
Que detesta la cruz del matrimonio
El paseo, la calle y las ventanas,
Ya no exhibe su cara de vestiglo
Que cuenta por lo menos medio siglo.

Pero yo que soy jóven y preciosa,
Debo lucir mi espléndida hermosura:
Empólvada me veo mas graciosa;
Siempre tengo mi caja de pintura.
Ella me presta el tinte de la rosa
Y del nardo la nítida blancura
¿Quien niega de mis trenzas la belleza
Aunque no hallan nacido en mi cabeza?

Tengo mi repertorio de miradas,
De sonrisas y lánguidos suspiros
Que soplan como brisas perfumadas
Flotando siempre en diferentes jiros:
Son zaetas que envio envenenadas
A los que son el blanco de mis tiros:
Cuando vibro con maña esos arpones,
Rindo á mis pies diversos corazones.

A veces pienso en elejir marido
Y cargar con el yugo de la esposa,
Cuando recuerdo el velo y el vestido
Que le debo llevar como una diosa
¡Jesus! ¡pero casarme! ¡que aburrido!
Es entrar en la vida de la esposa;
Es mejor que yo viva coqueteando,
A muchachos y viejos engañando.

Allá cuando yo sea cotorrona,
Cuando vaya perdiendo mis colores,
Cuando tenga la cara de jamona
Y se marchiten del placer las flores,
En la senda entraré de la matrona:
Pensando formalmente en los amores,
Me casaré con un desesperado,
Que quiera á todo trance ser casado.

Pero antes de ser fea es imposible
Que mate en flor mis bellas ilusiones!
Conformarme con uno ¡eso es terrible!
Yo quiero cinco, seis, ¡mil corazones!
¿No ves mamíta que yo soy sensible
Que deseo inspirar grandes pasiones
Que se maten por mi, que se trompeen
Que se rompan la crisma y se pateen?

Que me quieran con loco desvario
Que publiquen á voces que soy bella,
¡Linda como la gota de rocío!
Y si suele sonar una querella,
Que pregunten despues del dasafio:
¿Por quien fué la reyerta? ¿quien es ella?
Quien ha de ser, la chica mas graciosa
Que coquetita y todo es muy hermosa.

¡Oh que dicha tan grande madre mia!
¡Qué delicias tan puras! ¡qué contento!
Eso es vivir muriendo de alegria;
En mi pecho rebosa el sentimiento
¡Oh! si llegara el venturoso dia
El instante, el dulcísimo momento
En que por mi peleen dos muchachos
Y se jalen y arranquen los mostachos!

No te asuste mamita lo que digo,
¿Qué culpa tengo yo de ser fogosa,
De que sea mi jénio un poco vivo?
Pero despues de todo soy juiciosa:
Y á todos sus cartitas les recibo,
Eso no vale nada, ¡qué gran cosa
Es que acabe la fiesta á puñetazos
Que hallan gritos, trompones y balazos!

Ellos tienen la culpa es bien sabido,
Que toditos los hombres son coquetos:
Mudan de novia, como de vestido
Y saben engañar. . .¡lindos sujetos!
Unden á la mujer en el olvido
Y son desde la infancia bien inquietos,
Ellos corren en pos de mil placeres,
¡Y dicen que son malas las mujeres!

¡Mala yo! ¡pues me gusta la ocurrencia!
Díme ¿á quien daño yo con mis monadas?
¿Porqué ha de ser un cargo de conciencia
Que sean las muchachas galanteadas
Y ellas con el candor de la inocencia,
Devuelvan cortesmente las miradas
Que el jóven elegante les envia
A todas horas con tenaz porfia?

¡Pues no faltaba mas que eternamente
Tuviera yo los ojos bien cerrados
Condenada á no ver un ser viviente
Y á los chicos tan lindos y atildados.
Si tengo en cada uno, un pretendiente!
¡Oh! no les quiero ver desesperados
Al contrario; si voy á alguna fiesta,
Yo miro siempre á diestra y á siniestra.

No hacerlo asi, seria mala crianza;
Es faltar á las reglas del buen tono.
Cuando resuena la festiva danza,
Con alguno de tantos yo me abono
Y suelo dar tambien una esperanza
Y que soy bella por doquier pregono.
Eso es vivir gozando madre mia,
Entre flores, encantos y poesia.

Asi quiero vivir asi me gusta
Ser la diosa, la reina de la moda.
Mas no me pongas esa cara adusta,
Porque verte tan seria me incomoda.
El seño seji-junto, ¿á quien no asusta?
Yo me estremezco y desconcierto toda;
Me muevo cual se mueve la veleta,
¡Pero no dejaré de ser coqueta!.

UN TIPO.

En un alegre paseo
Iba un jóven petulante,
De rubicundo semblante
Y borbónica nariz.
Era un pobre de levita
Con pretensiones de rico,
Y siempre contaba el chico
Que conocia Paris.

Con acento afrancesado,
Y charlando por los codos,
Siempre fastidiaba á todos
Los que podia atrapar,
Diciendo: que Guatemala
Es pueblo insignificante;
Que aqui no hay nada elegante
Si no viene de ultramar.

Ese dia el pobre diablo
Estaba muy apurado;
Pues lo tenia acosado
Un tremebundo acreedor
Y pensaba: ¡yo me caso!
Aunque me lleve el demonio,
Si; la cruz del matrimonio
Me libra del deshonor.

Porque debo la levita,
Y los guantes, y el sombrero,
Me asesina el zapatero
Con su terrible cancion
De ¡págueme don Facundo!
¡Yo soy un pobre artesano!
¡Mientes! eres un tirano
Mas déspota que Neron.

El mejor dia me araña
Mi detestable casera:
¡Ay! esa negra pantera
Es mas fea que Satan!
Cuando sale de su cuarto;
Y recta á mi se encamina,
Creo ver á Proserpina
En babuchas y en fustan.

¡No hay remedio! ¡estoy resuelto!
¡Pese á mi! ¡seré marido!
¡Valor! ¡estoy decidido!
¡Me caso! pero ¿con quien?
Las muchachas me desprecian,
Por que son mal educadas;
Embusteras remilgadas,
Y vanidosas tambien.

Y las viejas. . . . ¡Dios me asista!
Equivalen al suicidio,
Al mórbus, al homicidio,
Al vendaval, al turbion,
¡Una vieja por esposa!
¡Horror! ¡prefiero la muerte!
¡Vaya conmigo mi suerte,
A undirse en negro panteon!

¡Pero morirme tan jóven,
Tan simpático, tan pulcro!
¡Esconder en el sepulcro
Mi perfilada nariz,
Mi frente, mi cabellera,
¡No puede ser! ¡que locura!
Con esta linda figura
De fijo seré feliz.

Y cuando él se pavoneaba
Estirando la cabeza,
Una muchacha travieza
Al ver su cara sonrió:
El jugando la varita
Se lanza y sigue su huella
Diciendo al ver á la bella:
¡Que chica tan comilfó!

¡Esa jóven me conviene!
Es amable, buena moza,
Elegantita y lujosa;
Debe ser rica tambien,
La pretendo; ella me quiere:
Me caso si tiene pisto,
Y gozaré si soy listo,
Las delicias del edén.

Hablando asi se encamina
A su adorado martirio,
¡Eres bella como un lirio!
Dijo sonriendo, y pasó:
Y regresando al instante
Le fulmina una mirada,
¡Una fresca carcajada
En sus oidos sonó!

¡No lo dije? ¡me idolatra!
¡Uf! me muero de contento
¡Esa niña es un portento!
Dijo el típico doncel.
¡Ya tengo novia! ¡me alegro!
¡Vaya una broma graciosa!
Le flechó mi faz hermosa. . .
¡Voy á contarlo al hotel!

Y como hablaba en voz alta,
Y ademas iba accionando,
Lo que el pobre fué charlando
Otro jóven lo escuchó:
Y....¡zas! ¡le tira una oreja!
Y llevándole hasta un poste
Sin decir: oste, ni moste.
¡Una paliza le dió!

¡Pues señor! ¡estoy aviado!
Dijo el infeliz sintiendo
Que su carne se iba abriendo
Bajo el garrote fatal.
Al otro dia, mohino,
Triste y cari-acontecido,
Ocupaba bien molido
Un lecho en el hospital.

¡Pobrecito! él no sabia
La causa de aquel percance
De aquel apurado lance,
De aquella fatalidad:
Yo si la sé; el otro jóven
El valiente caballero,
Era el novio verdadero
De la risueña beldad.

A mi hija Ana,

EN SU CUMPLEAÑOS.

Descolgaré mi destemplada lira
Que carece de acento y melodia,
Y si la musa por favor me inspira,
Hija del alma cantaré tu dia.

¡Dia feliz que por la vez primera
Te acariciára en mi materno seno!
Hermosa flor de fresca primavera
Blanco pimpollo de perfume lleno.

Tú no sabes mi bien, cuanta ternura
Atesoró mi corazon amante!
Cuando animaba tu sonrisa pura
Cual blando soplo tu infantil semblante.

Mas ya pasó la venturosa infancia
Con sus juegos, su encanto y su alegria;
¡Preciosa edad! tan llena de fragancia
De inefable candor y de poesia.

Ahora que la juventud
Lozana en tu frente brilla,
Siempre tengas hija mia
La aureola de la virtud.

Que siempre en tu corazon
Reine dulcisíma calma,
En tanto reciba tu alma
Mi materna bendicion.

Un matrimonio del diablo.

Es el marido insigne calavera
Y la mujer es tonta y caprichosa,
Charlatana, coqueta y orgullosa;
Item mas; dominante y pendenciera:
El tiene los instintos de la fiera
Y le gusta la vida licenciosa:

Ella es altiva, y ademas celosa,
Terca, sin juicio, nécia y altanera.
El jugando, derrocha su dinero:

Ella piensa en las joyas y el vestido;
Al ponerse los guantes y el sombrero,
Ya no vuelve á pensar en el marido.

¿Quién contempla tan bello matrimonio
Sin ver que entre los dos está el demonio?

MI GRATITUD.

— —

En mi triste cautiverio
Sin consuelo ni esperanza,
Yo veia en lontananza
Enlutado cementerio.

Cual el pobre caminante
Que sin pátria y sin ventura
Lleva impresa la amargura
En su pálido semblante;

Y la aspereza del monte
Va regando con su llanto
Sin ver el célico encanto
Del esmaltado horizonte.

Marchitó mi juventud
La fuerza de mil dolores
Y entre pálidos colores
Veía abrirse mi ataud.

Era amargo mi quebranto,
Era inmensa mi agonia,
Y la muerte me envolvia
En su funerário manto.

Y sus álas impalpables
Rozaba en mi sien marchita;
La congoja era infinita,
Mis horas interminables.

¡Ah! cuantas veces el alm;
Deseaba tender el vuelo
A las rejiones del cielo
En pos de la dulce calma!

¿Cuántas mis cansados ojos
Yo levantaba del mundo
Valle de dolor profundo
De tormentos y de enojos?
. . . . . .

Asi era mi existir; mas tu presencia
Vino animar mi pobre ser doliente.
Por que ví reflejar sobre tu frente
La espléndida corona de la ciencia.

Y con semblante afable y cariñoso
La preciosa salud me prometiste,
Y á mi aflijido pecho devolviste
El perdido sosiego y el reposo.

¡Bendito seas tu que al desvalido
Tiendes clemente tu piadosa mano
Y eres del que padece fiel hermano
Y recojes su llanto dolorido!

Y yo por eso con afecto tierno
Al cielo pido en oracion ferviente,
Que siempre flote en torno de tu frente,
¡ La bendicion divina del Eterno!

A mi querida Elisa Valmore.

¿Me dices, tierna amiga, si quiero que tu mano
Enlaces á la mia con fraternal amor
Para arrostrar unidas el vendabal insano,
Que atravecemos juntas la senda del dolor?

Elisa, tu propuesta me llena de consuelo,
Mitiga mis pesares suaviza mi afliccion;
Es canto meliodoso que en medio de mi duelo,
Arrulla dulcemente mi pobre corazon.

¡Acepto con el alma! mas tú seras mi guia
Mi poderoso apoyo, mi genio tutelar;
Porque hace muchos años perdi la fuerza mia,
Al ir cruzando sola de lágrimas un mar.

Entónces dulce Elisa, mi vida era el vacio:
Al borde de la tumba pasó mi juventud,
El ánjel de la muerte vagaba en torno mio,
Y mas allá veia abrirse el ataud.

Mis bellas ilusiones perdilas una á una;
Allá entre los fragores de ruda tempestad,
Como se pierde el rayo de la plateada luna,
Undiéndose en la sombra de negra oscuridad.

En el triste desierto regado con mi llanto,
Solo espinas habia donde sentar el pié:
¡Ay mi querida amiga! he padecido tanto,
Que la bella esperanza de goces olvidé.

Por eso vacilante camino por el mundo
Envuelta con los pliegues de fúnebre crespon:
Soy planta sin aroma, soy árbol infecundo,
Que troncha sin clemencia el soplo del turbion.

Y tú mi dulce amiga, cual hada misteriosa
Rasgando de mi noche el lúgubre capuz,
Tendiéndome tu mano te acercas cariñosa,
Y apartas de mis hombros el peso de la cruz.

Por eso te bendigo, angelical Elisa;
Por que alejas de mi alma la negra soledad;
Bendigo tu mirada, bendigo tu sonrisa,
Y guardo conmovida la flor de la amistad.

Quejas del Corazon.

Vivir como yo vivo, sumida en la pobreza,
Bajo el terrible azote de negra adversidad,
Cubierta con las sombras de fúnebre tristeza
Sufriendo los martirios de cruel enfermedad.

Es triste; el alma mia transida de amargura
Exhala en el silencio suspiros de dolor,
Como se queja el ave del monte en la espesura
Herida por el plomo de fiero cazador.

A veces de mis ojos el doloroso llanto
Brota cual un torrente de fuego que al rodar,
Abrasa mis mejillas; y he derramado tanto,
Que voy como cruzando de lágrimas un mar.

Y luego cuando veo la faz entristecida
De mis queridos hijos que lloran de afliccion,
Y á mi virtuosa hermana tan triste y abatida
Siento que de congoja se rasga el corazon.

Entónces, Dios Eterno, transida de quebranto
Envio hasta los cielos mi férvida oracion;
Y sola en tu presencia, bañada con mi llanto,
Exhala amargas quejas el mártir corazon.

Un Matrimonio de Dios.

Es el marido amable y jeneroso,
Y la esposa prudente y moderada:
El candor irrádia en su mirada
Embelleciendo su semblante hermoso.

El jóven es simpático y gracioso:
Ella modesta, humilde y resignada;
No pronuncia su boca sonrosada
Palabras que disgusten á su esposo.

El ostenta la aureola del talento...
Es la razon, la clara inteligencia.
Ella guarda en su pecho el sentimiento
Es la madre, el amor y la prudencia.
Juntos llevan la cruz del matrimonio,
Y está muy léjos de ellos el demonio.

JUNTO A LA TUMBA DE MI QUERIDA HIJA

Josefa C. de Dardon.

Hija mia, mis ojos se nublan
Bajo el peso de horrible quebranto;
Y derramo torrentes de llanto,
En el polvo del frio panteon....
Donde yacen tus restos queridos,
Donde duermes en fúnebre calma,
Sin saber lo que sufre mi alma
Desgarrada por negra afliccion.

¡Esa tumba fatal,! ¡esa tumba!
¡Insensible á mi rudo martirio,
Me robó lo que amé con delirio!
¡Me robó para siempre la paz!
¡Oh! si al ménos el mármol funesto
Se entreabriera tan solo un instante,
¡Yo vería tu rostro anhelante!
¡Y besára tu pálida faz!

El calor de mis besos maternos
En su fuego tu ser envolviendo,
Te dirian que vivo muriendo;
Que la tierra es desierto sin tí:
Ya no tiene la luz transparencia:
Ya no tienen perfume las flores.
Y cubierta de acerbos dolores,
Ya la dicha, murió para mí.

Esa tumba mi bien, no contesta,
¡No se mueve al oir mi lamento!
Solo escucho el jemido del viento
En la fronda del triste sauz:
El cipres de los muertos responde
A mis ayes con frio lenguaje,
Ajitando el sombrio ramaje
Donde quiebra su rayo la luz.

Y la brisa flotando en el musgo
Que corona la fúnebre losa,
Me parece que jime llorosa
Y suspira en el triste panteon,
Donde yace tu yerto cadáver,
Donde duermen tus frios despojos,
Donde buscan en vano mis ojos
¡Esa faz, que besé con pasion!

Aquí lloran las sombras dolientes
Que proyecta el fatal cementerio:
Aquí reina la muerte, el misterio;
Aquí reina tambien el dolor.
Tristes quejas parece que lanza
Entreabriendo su fauce el osario:
Y recoje el rasgado sudario,
Los perfumes que envia la flor.

. . . . . .

¡Descansa en paz pedazo de mi alma
¡Pobre hija mia á padecer nacida!
Ya que tu triste y fatigosa vida
¡De martirio, en martirio te llevó!
¡Siempre apurando el cáliz del tormento!
Las espinas ciñeron tu cabeza,
Y el dardo aleve de mortal tristeza
¡Tu delicado corazon hirió!
. . . . . .

¡Descansa en paz! mi llanto doloroso,
Durará lo que dure mi existencia:
Y de tus tiernos hijos la inocencia
Sabré guardar, aquí en mi corazon;
Porque ellos son las hojas desprendidas
De la flor que meció mi mano inerte,
Y en un instante, sin piedad, la muerte
La sepultó por siempre en el panteon.

La Música en el Templo.

Cuando suena la orquesta en el santuario
Me parece que un ángel inocente,
Meciéndose al compas del incensario,
Vierte en torno la dulce vibracion.

Me parece tambien que va rozando
Las cuerdas con sus álas trasparentes;
Y por eso es tan bello el relentando,
El crómatico, el trino, el calderon.

Cuando escucho el magnífico crechendo,
El tremolo, el bibache y el mordente,
Me conmuevo y el alma va subiendo
A postrarse ante el trono del Criador.

Allí queda escuchando la armonia
Del flauta que ejecuta un obligado,
Y del violin la dulce melodia
Y el acento vibrante del cantor.

¡Oh ¡música! ¡lenguaje misterioso!
Es tu voz, la espresion del sentimiento:
El sonido dulcísimo, armonioso,
Que me trasporta á la celeste Sion.

LA PROSA Y LA POESIA.

Prosa—Es el poeta pobre peregrino
Que corre en pos de bellas ilusiones
Y solo encuentra en su fatal camino
Martirios mil, amargas decepciones.
Eterno soñador piensa que el mundo
Es un verjel de matizadas flores;
Es un paraíso espléndido y fecundo,
Donde cantan alegres ruiseñores:
Con el laurel, la gloria le alucina:
Vé coronas de espléndida belleza,
Y la fama le aturde y le fascina,
Y despues le sumerje en la tristeza.
Por eso yo, desprecio tus canciones:
Endechas y sonetos nunca hilbano;
Y si no hablo de sumas y millones,
Todo lo encuentro insustancial y vano.
En mi caja billétes atesoro:
Hermosas peluconas y pesetas;
Porque es mas dulce el retintin del oro
Que todos los cantares de los poetas!

Poesia—¡Dejadme respirar por vida mia!
¡No me rompas infame la cabeza!
¡Dejadme mi laud y mi poesia,
Y mis sueños de májica belleza!
Si te embriaga el chocar de las pesetas
Yo conmuevo las almas con mi acento;
En mis alas elevo á los poetas,
Y les hago cantar el firmamento.
Doy vibracion al trino del canario,
Susurro en el murmullo de la fuente.
Floto tambien en torno del osario,
Y abrillanto la espuma del torrente.

Prosa—Y te escondes tambien en la boardilla
Donde solo hay andrajos y miseria,
Por que tu faz en todas partes brilla....

Poesia—¡Menos en lo que mancha la materia!
La límpia aureola de mi blanca frente
No refleja en el fango de la prosa...

Prosa—¡Desprecio los delirios de tu mente!

Poesia—¡Y yo tu risa altiva y asquerosa!

Prosa—¿Me insultas?

Poesia—¡Te detesto, y te maldigo..
Por que te adornas del orgullo nécio;
Y no pudiendo conversar contigo
Me remonto hasta el cielo ¡y te desprecio!

Prosa—¡Ven por piedad, regresa, no te alejes
Que te llevas el lustre del tesoro!
Reconozco tu gloria,.. no me dejes
Sin ti no brillan mis montones de oro.

A LA INSPIRADA POETISA

AMELIA DÈNIS.

EN CONTESTACION Á SU HERMOSO VERSO QUE ME DEDICÓ.

Y canté para ti, perdon señora,
No pretendo imitar tu hermosa voz
Porque eres tú dulcísima cantora,
Ave canora del jardin de Dios.
AMELIA.

Si me dieras tu voz por un momento,
Tu magnífica y bella inspiracion,
Las notas inmortales de tu acento
Y de tu arpa la suave vibracion,

La voz que entorno mio se levanta
Acallando mis ayes de dolor
La dulce melodía con que canta
En sus playas tan tierno ruiseñor,

Yo cantaria al génio colombiano
Que batiendo sus álas de zafir,
Cruzó veloz el turbulento océano,
Y en mi pátria sus cantos deja oír.

¿Génio sublime! ¡espíritu grandioso!
¿Que tiene dí, tu acento vibrador?
¿Dónde templas tu plectro misterioso?
Dulce cantora del materno amor?

¿Qué vale dí la planta sin olores
Que para siempre deshojó el turbion,
Ante las gayas matizadas flores,
Que brotan de tu ardiente inspiracion?

¿Qué valgo junto á tí dulce poetisa?
En tus trinos, bellísimo turpial,
Remedas los suspiros de la brisa
Y el murmullo de ignoto manantial.

Es tu voz, el gorgeo de las aves.
Cantando en la pradera y el jardin,
Y de tu lira los acordes süaves,
Se dilatan del mundo en el confin.

Y mi canto...es lamento desprendido
De las fibras de un triste corazon;
¡Es el eco estridente de un gemido
Que se pierde en el lóbrego panteon!

No cesa aun el llanto de mis ojos,
Por que el destino me obligó á sufrir;
¡Es mi presente un páramo de abrojos,
Y la muerte mi solo porvenir!!

. . . . . .

Cuantas veces he dicho suspirando:
Léjos estoy del génio colombiano
Que embellece las playas del oceano
Con las cadencias de su tierna voz.

¡Oh! si al menos en álas del ambiente
Llegáse á mí tan grata melodia,
Los trinos de la alondra escucharia
Como un consuelo que me enviase Dios.

Hoy que vibra tu acento aquí en mi pecho,
Las cuerdas de tu lira yo bendigo;
Deseando Amelia, conversar contigo
En las riberas del hirviente mar,

Allí al compas de las movibles olas,
Escuchando de tu arpa los acentos,
Quizá te contaria los tormentos
Que llenaron mi vida de pesar.

Tú que sabes sentir, tú que comprendes
Las congojas de un alma lacerada
Que marcha por el mundo destrozada
Por los crueles arpones del dolor,

Verias que cantar es imposible
A la que trepa un áspero calvario,
Envuelta con los pliegues del sudario,
Y encuentra solo espinas en redor.

Cuando se llora la esperanza muerta,
Y los hijos se esconden en la tumba,
Y tronchada la dicha se derrumba
En el fondo del marmol sepulcral,

Ya no puede cantar el que ha perdido
La mas preciada flor de su existencia,
Si ya no aspira su fragante esencia
Ni besa su corola virginal.

Cuando el torrente del amargo llanto
Hace pedazos la modesta lira,
Al verla rota, el corazon suspira
Y se cuelga en la rama de un sauz.

El alma entónces de sufrir cansada
Ve la tierra sin auras, sin colores,
Y apurando su cáliz de dolores,
Se refujia á la sombra de la cruz.

. . . . . .

. . . . . .

¡Y canto para ti! ¡Perdon señora!
No pretendo robar tu inspiracion:
Dame tu voz, dulcísima cantora,
Para rendirte pública ovacion.

LA TEMPESTAD DEL ALMA.

Dedicada á mi hijo

SALVADOR DE LA CERDA.

¿Has visto cuando la noche
Tiende su manto sombrio
Cuando cuelga en el vacio
Su enlutado pabellon?
En el seno de las nubes
Revienta horrísono el trueno;
Y sopla en el campo ameno
Enfurecido el turbion.

El arcángel de la muerte
Blande su negra guadaña,
Y resuena en la montaña
Enronquecida su voz:
Y cuando bate sus alas
Y el inmenso espacio hiende,
De sus ojos se desprende
El relámpago velóz.

Entre rocas escarpadas
El torrente se derrumba:
El huracan flota y zumba
En el bosque secular,
Y los árboles se tronchan
De los vientos al empuje,
Y alzando su oleaje ruje
Embravecida la mar.

Desbórdase en el vacio
La chispeante catarata,
Y los ceivos arrebata
En su paso aterrador.
¡Ah! la tierra se estremece
Con el estruendo del rayo,
Y se dobla sobre el tallo
Y se marchita la flor.

Esa noche es fiel imagen
De la tempestad del alma
Cuando ha perdido la calma
El herido corazon:
Cuando ya no flota en torno
El angel de la esperanza,
Y no brilla en lontananza
Ni un destello de ilusion.

Pero la noche se aleja
Y la esfera se abrillanta
Cuando el alba se levanta
Entre nubes de carmin,
Y la tempestad se olvida
Al resonar el arrullo
Del ave, y abre el capullo
El delicado jazmin.

. . . . . .

¡Mas ay de mí! La tempestad funesta
Que á todas horas atormenta mi alma,
Me roba sin piedad la dulce calma
Y en sus fragores me hace sucumbir.
Mi triste pecho sin cesar envuelve
El nublado de horrible desventura;
Es mi negro presente, la amargura,
Y la tumba mi solo porvenir.

Siento que muere el corazon enfermo
Y se rasga transido de congoja
Como la planta que el turbion deshoja
En apartada y triste soledad.
Que sus fibras se rompen una á una
Entre la garra del fatal destino;
Solo espinas encuentro en el camino
Que me me trazó la cruel adversidad.

Es amargo, hijo mio, el triste llanto,
Que á todas horas de mis ojos brota:
Es un raudal que en su corriente ignota,
Va formando de lágrimas un mar.
En ese océano de insondable fondo
Navego yo sin encontrar bonanza;
Sin dsecubrir en bella lontananza
Alegre playa en donde descansar.

A LA LUNA.

Hermosa Luna que á pensar convidas
¿Qué tiene dí, tu espléndida belleza
Que el alma mia llenas de tristeza
Al reflejar en la dormida flor?
De perlas y brillantes te coronas;
De gasas blancas formas tu ropage,
Y asentada en un trono de celage
Esparces tu suavísimo fulgor.

Pálida vírgen, reina del espacio,
Cuando atraviesas el azul del cielo,
Vas apartando de la sombra el velo
Con la guirnalda de tu límpia sien:
Y tus rayos se quiebran en el bosque
En el torrente y en el manso rio;
Titilan en las gotas de rocio,
Y en la espuma del mar, rielan tambien.

Cuando deslizan en mi mustia frente,
¡Mil recuerdos me traes de la infancia!
Ecos perdidos, dulce remembrancia,
¡Armonias que el tiempo arrebató!
Creo ver en la luz con que abrillantas
Esa grandiosa y azulada esfera,
El panorama de mi edad primera
¡De aquella edad, que por mi mal pasó.

Creo ver en los pálidos destellos
Con que te adornas, magestuosa Luna,
Flotar el ánjel que meció mi cuna
Envolviendo en sus besos mi niñez.
Tú la viste apartarse de la tierra,
Tender sus alas, remontar su vuelo,
Cruzar el eter, y llegar al cielo,
Coronada de régia brillantez.

Despues me viste huérfana en el mundo
Atravesar la senda de la vida
Siempre llorando de dolor transida
Como se queja el moribundo alcion:
¡Ay! esa luz que fúlgida derramas
Ha visto de mi vida los dolores,
¿Es verdad qne es un páramo sin flores
Donde muere de angustia el corazon?

A MI HIJO,

en su cumpleaños.

Hijo del alma tus primeros años
Pasaron ya como la mansa fuente,
Que retrata en su fondo transparente
Bellos celages de oro y de carmin;
Pasaron cual la brisa perfumada
Que flota jugueteando entre las flores
Impregnada de esencias y de olores
Y besa la corola del jazmin.

Edad feliz, edad en que los niños
Duermen tranquilos en su blanda cuna,
Ignorando que suele la fortuna
Ceñir de abrojos la marchita sien;
En que juegan alegres, palpitantes
Y corren tras ligeras mariposas;
En que deshojan matizadas rosas
Y piensan en las glorias del Eden.

Edad feliz en que la mente sueña
En brillantes y bellas ilusiones,
Y el enemigo cruel de las pasiones
No hinca en el alma su acerado arpon;
En que vienen los ángeles del cielo
Y conversan risueños con el niño,
Guardando complacidos el armiño
Que cubre su inocente corazon.

Esa edad ya pasó: tu fantasia
Comienza á ver un prisma deslumbrante,
Y luce en tu mirada, en tu semblante,
El fuego de la bella juventud;
Vas á sentar tu planta en un tinglado,
Que en apariencia, es un verjel de flores;
Donde anidan cruelísimos dolores,
Donde muchos perdieron su virtud.

¡Cuidado hijo del alma! al acercarte,
Y tocar esas flores purpurinas,
No se claven en tu alma las espinas,
Que entre su tallo saben ocultar:
Son flores cuyo aroma emponzoñado,
Mata la fé, destroza la inocencia,
Y manchando el cristal de la conciencia
Nos circundan de llanto y de pesar.

Si alguna vez tu pecho se conmueve
Contemplando las gracias de una bella
Deseando ansioso compartir con ella
Los goces de un risueño porvenir,
No te dejes cegar, piensa primero
Si la joven merece tu ternura,
O si tal vez, tronchando tu ventura,
Te obligue su belleza á maldecir.

Mira si esparce su alma delicada
El perfume de tímida violeta,
O si vas á entregar á una coqueta,
Las fibras de tu joven corazon:
Si es un angel, apréciala cual debes:
Respeta su virtud y su decoro;
La mujer pudorosa es un tesoro
Que no mata del alma la ilusion.

Mas si por tu desgracia tropezares
Con una meretriz, ¡huye hijo mio!
No caigas en el necio desvario
De querer, lo que debes despreciar;
¡Huye muy lejos de ella, te lo ruego,
Si no quieres perder la dulce calma!
Te lo mando tambien, hijo del alma
Si quieres tu reposo conservar.

En la tierra hay mugeres sin conciencia
Que envenenan la vida con su aliento;
Agenas al pudor y al sentimiento
Se las puede llamar: *jénios del mal.*
Con su voz de sirena y su sonrisa,
Todo lo manchan, lo corrompen todo;
Son mugeres que cruzan por el lodo
En que se ajita el mundo material:

Fingen amor, atraen y fascinan
Con la sonrisa de sus labios rojos,
Y la pupila de sus bellos ojos
Destila siempre acibarada hiel.
¡Amor! ¿Qué es el amor para esas almas
Que escarnecen del hombre la ternura?
Al joven que las ame conlocura
Le dan sonriendo el desengañocruel.

Hay mugeres tambien; cuya sonrisa
Es pura cual las auras matinales
Jugando con las rosas tropicales
Y la blanca azucena del pensil;
En el cristal de sus rasgados ojos
Refleja á veces el azul del cielo,
Y del pudor el misterioso velo
Embellece su rostro juvenil.

Son lindas sensitivas que no saben
Lo qne vale su espléndida hermosura;
Que suavizan la negra desventura
Y no vibran los dardos del pesar.
Si te acercas á ellas hijo mio,
Respeta su candor: ¡y no lo dudes!
La joven adornada de virtudes
Es con el tiempo el anjel del hogar.

Una palabra mas, antes de que ames,
Procura conquistarte una fortuna;
Si no quieres perder una por una
Las flores marcesibles del amor:
Porque amar sin dinero es disparate,
Se burlarán de tí; yo lo aseguro:
Y ya ves hijo mio que es muy duro,
Sembrar ternura y recojer dolor.

Tu pensarás, el verso de mi madre
No es un tierno saludo á mi cumple-años....
Yo deseo evitarte desengaños
Que laceren tu joven corazon;
Por eso te hablo así, con la esperiencia
Que tengo de las cosas de la vida,
Y tambien con el alma conmovida,
Hijo, te doy mi tierna bendicion.

En el album de la Señorita

Elisa Azmitia.

Hermosa cual la luz de primavera,
Pura como el suspiro de la brisa,
Simpática, g:aciosa v hechicera,
Eres mi dulce anjelical Elisa

En la espresion de tus rasgados ojos
Irradia de tu alma la pureza,
Y la sonrisa de tus labios rojos
Dan nuevo realce á tu jentil belleza.

Hermosa niña, tu serena frente
Tiene la palidez de la azucena;
En el santuario de tu pecho ardiente
Una virtud con otra se encadena,

Sus encantos te dió la flor del valle;
Remedas la esbeltez de la palmera,
Cuando deslizan en tu aereo talle,
Los rizos de tu negra cabellera.

La dulce vaguedad de tu mirada
Es suave como un rayo de esperanza;
Y luce siempre tu semblante de Hada
Cual estrella en brillante lontananza.

Si tuviera de Milton la poesia,
De Palma y Camprodon, el sentimiento,
De Batres y de Cruz la melodia,
Y de Lainfiesta el vibrador acento,
. . . . . .
. . . . . .
Entonces hermosa niña
Cantaria dulcemente
Que llevas perlas de Oriente
En tu boca de coral;
Que tienes la faz del anjel
Y tus ojes hechiceros
Brillan como dos luceros
En una noche estival.

Mas como soy tan imbécil,
Item mas, vieja achacosa,
Pulsando mi lira en prosa
No te envio una cancion,
Sino el lamento que lanza
Un ser que perdió la calma;
Y lleva oculta en el alma
La muerte de la ilusion

Al sueño de una niña.

Duerme mi graciosa niña
Y al amor de ese beleño,
Goza tu apacible sueño,
Que yo velaré por tí;
Como velarte sabia
El anjel que te amó tanto
Y bañaba con su llanto,
Tu bello rostro de hurí

Tal vez en este momento
Entre nube vaporosa,
Se te acerca cariñosa
Una vision del eden;
Tal vez un ósculo santo
Imprime en tu boca breve
Y con sus manos de nieve
Ciñe de flores tu sien.

Tal vez en alas del sueño
Encantadora Maria,
Llegue á tí la melodia
De la sentida cancion,
Con que mecieron tu cuna
Inmaculado capullo;
Nunca olvides que ese arrullo
Es el ¡ay! de un corazon.

Son las notas suspirantes
Que partian de su pecho,
Cuando en torno de tu lecho
Velaba niña, por tí;
Como velarte sabia
El ánjel que te amó tanto
Y bañaba con su llanto,
Tu bello rostro de hurí.

Un pensamiento.

Es la mujer un ánjel de blancas alas,
Revestida de encanto
  Y hermosas galas;
Es la flor que en el campo
  Crece lozana,
Mecida por las auras
  De la mañana;
Es la límpida fuente
  Que deslizando,
El azul de los cielos
  Va retratando;
Mas ay! que por desgracia
  Ese querube,
Se esconde dentro las sombras
  De opaca nube;
Sus flores se marchitan
  En el estío
Y se pierden sus galas
  En el vacio:
Solo la límpia fuente
  De la conciencia,
Conserva siempre pura
  Su transparencia.

EN LA MUERTE DE MI HIJA MARIA.

Yo desée el paraíso hija querida
Para esconderte en mi materno anhelo;
Mas no habiendo un eden en esta vida
Tu alma inocente le buscó en el cielo.

Ah! yo te veo con amor profundo
Cruzar veloz el éter transparente
Y dejar los placeres de este mundo,
Por el bien que se goza eternamente.

Y luego vagas cual aérea nube
Jirando en torno de mi pobre lecho;
Creo ver tu sonrisa de querube
Y te siento en el fondo de mi pecho.

Creo escuchar la dulce melodia
De tu festivo encantador acento;
Y surges en mi yerta fantasia
Levantando mi triste pensamiento.

Aun mas allá de eterna venturanza
Donde no llega ni el pesar, ni el llanto;
Y me haces columbrar en lontananza
Un porvenir de celestial encanto.

¡Ay! déjame sentir hija del alma
El soplo de tu sombra bienhechora;
Dame, bien mio, la perdida calma
Quiero besar tu fáz encantadora.

Yo te llevé en mi seno, entre mis brazos
Dormias en tu infancia dulcemente
De la maternidad, los suaves lazos,
Me hacian existir niña inocente.

Sobrellevando el peso de una vida
Que siempre fué sembrada de dolores;
Mas con el alma de tu amor henchida
Olvidaba el pesar y sus rigores.

Te dí esposo, gocé cuando gozabas,
Reía mi labio cuando tú reías;
Y lloraba tambien cuando llorabas
Siempre sintiendo lo que tú sentias.

Todo pasó, la funeraria losa,
Cubre á mis ojos tu cadáver frio;
Mas vive tu alma bella y candorosa
Y vives en mi ser, encanto mio.

UN AÑO DESPUES.

Pedazo de mi alma, desde el cielo
Donde creo que tienes tu morada,
Vuelve niña tu lánguida mirada
A tu madre que llora sin cesar.
Porque el mundo sin tí, dulce Maria,
Es desierto de espinas y de abrojos
Y en vano buscan mis cansados ojos
Un oásis en donde descansar.

¿Y cómo puede el mundo indiferente,
Aliviar de mi vida los dolores,
Si talvez no comprende los rigores
De mi negra y mortal desolacion;
Si no sabe, mi bien, que tu recuerdo
Le conservo en el fondo de mi alma
Y siempre oculto en aparente calma,
Los martirios del pobre corazon?

¡Ah! cuando tiende la silencia noche
Sobre mis ojos su crespon sombrio
Yo creo verte, dulce encanto mio,
Llegar á mí, radiante de candor;
Que llegas poco á poco hasta mi lecho
Y doblas reverente la rodilla,
Veo el llanto rodar en tu mejilla
Llanto precioso de filial amor.

Siento tambien el beso suspirante
Que en mi frente imprimió tu labio rojo
Veo de tus mejillas el sonrójo
Al recibir mi tierna bendicion;
Flota el velo nupcial sobre tu frente
Ceñida de lindísima guirnalda
Y ya vestida con tu blanca falda
Te encaminas al témplo de Sion.

Entónces te detengo conmovida
Y al estrecharte con amor vehemente
Disipas el ensueño de mi mente,
Dejando solo, triste realidad;
Amarguras sin fin, crueles dolores,
Negra desolacion, mortal hastio,
Y una voz que repite en el vacio
Sufre madre infeliz, tu soledad.

¿No recuerdas que el fondo de una tumba,
Guarda ya, sus encantos seductores,
Que ya pasó, cual las fragantes flores
Que deshoja la fuerza del turbion?
Madre infeliz apura el negro caliz
Colmado de mortal melancolia
Porque la dulce angelical Maria
No reanima tu yerto corazon.

EL ECO DE MI DOLOR.

Vivir de tus recuerdos, saber encanto mio,
Que léjos ay! muy léjos, existes ya de mí,
Buscarte por doquiera con loco desvario,
Llamarte sollozando y oir en el vacio
El eco que responde: no existe para tí.

Es triste, sí, ¡muy triste! mi corazon doliente,
Ya siento que se rompe, cansado de sufrir;
Las fuerzas me abandonan marchitas en mi frente
Y luego si me quejo, el eco indiferente,
Repite: desgraciada, ¿no cesas de gemir?

En la infecunda tierra que riegas con tu llanto,
No busques, pobre loca, su espíritu inmortal;
Aquí solo hay dolores, aterrador quebranto,
En la desierta senda en donde sufres tanto,
No busques de Maria la faz angelical.

Tendió sus blancas alas y remontando el vuelo
Allá entre los querubes su cántico entonó;
Recorre vagarosa los ámbitos del cielo,
Escenta de pesares y funerario duelo;
El mundo es un desierto; por eso le dejó.

Levanta pobre madre, levanta la mirada
¿No ves á tu Maria postrada ante el Señor?
De perlas y rubíes la frente coronada,
Tal vez en este instante su boca sonrosada,
Le pide al Ser Supremo que calme tu dolor.

Eso repite el eco, pero mi triste llanto
De mis cansados ojos, no cesa de brotar;
Porque eras hija mia, mi delicioso encanto;
Por la que yo padezco y sufro tanto, tanto,
Que creo entre dolores mis dias acabar.

CALLA, ENMUDECE.

En un carro de nubes, en oriente,
Surje la luna majestuosa y leda;
Y los rayos que lanza de su frente
Se quiebran en el mar y en la arboleda;

Y cruza lenta por el ancho espacio
Con su corte de pálidas estrellas
Y su disco de nácar y topacio,
Dejando al caminar plateadas huellas.

¡Todo es hermoso en tan serena noche!
El soplo de la brisa perfumada
Columpiando los lirios en el broche
Y abriendo su corola nacarada.

Los tallados peñones de la playa
Donde revienta el espumoso oleaje;
La rama que en el árbol se desmaya,
Y los varios colores del paisaje.

Las barcas de los pobres pescadores
Regadas como banda de palomas;
El aura jugueteando entre las flores,
Y del cerrado bosque los aromas.

La profusion de conchas primorosas
Bordando el arenal de la ribera;
El conjunto de plantas olorosas
Llenando de perfumes la pradera.

El monótono canto del marino
Que vuelve á sus hogares fatigado,
Y se sienta en los bordes del camino
Descansando en sus remos apoyado.

El blanco cisne de nevada pluma
En las aguas salobres deslizando;
Los blancos copos de brillante espuma
Que el choque de las olas va formando.

Y mas allá, la rutilante estela
Que alza el empuje de gallarda nave,
Cuando hincha el viento su flotante vela
Y balancea con impulso suave.

Varios hombres á bordo del navío
Contemplan el fulgor de los luceros,
En tanto el Capitan grita: ¡al avio!
¡Levar anclas, mis bravos marineros!

Zarpa la nave y á la mar se lanza;
Y apartando las ondas con su quilla,
Por el oceano turbulento avanza
Y lijera se aleja de la orilla.

Un judio de rúbia cabellera
De noble porte y de semblante grave,
Vé la estension de la celeste esfera,
De pié sobre cubierta de la nave.

¡Es su rostro mas bello que los cielos!
Vierte la luz de su mirar sereno
La dulce venturanza y los consuelos,
Dejando el corazon de encantos lleno.

El Hebreo á la popa se encamina.
Se sienta allí radiante de pureza,
Y en su torneada mano alabastrina
Languidamente apoya su cabeza:

Sus párpados se cierran por el sueño
Que tendiendo su mano transparente,
Coloca su corona de beleño
En su divina y majestuosa frente.

Y duérmese el bellísimo Judio,
En tanto que el oleaje va creciendo:
Y se ajitan las velas del navío
Y el espacio la sombra va cubriendo.

Agrúpanse los negros nubarrones
Cual jigantes en orden de batalla;
Comienzan á silvar los aquilones,
¡Y la borrasca tremebunda estalla!

El angel de la muerte se pasea
De tromba en tromba, ¡y blande su guadaña!
Con sus alas levanta la marea,
Y su aliento resuena en la montaña.

El relámpago rasga el horizonte
Y la densa cortina de la noche:
Caen los ceibos del cercano monte,
Y el trueno rueda cual funesto coche.

¡Todo es tribulacion! el remolino,
Mueve la nave en todas direcciones:
Troncha el palo mayor el torbellino,
Y el velamen desgarran los turbiones.

Rotos están los mástiles y el puente,
Y tiemblan de pavor los pasajeros:
El pobre timonel limpia la frente
Del copioso sudor: los marineros

Luchan en vano, todo está perdido!
¡Todo se ajita en convulsion violenta!
Jiran los vientos con tremendo ruido,
¡Y ruje atronadora la tormenta!

Mas al fin los discípulos del hombre
Que duerme en calma en medio del tormento,
Recuerdan la grandeza de su nombre,
Y corren á él en tan fatal momento.

¡Levántate Señor á socorrernos!
Gritan todos doblando la rodilla;
Y Pedro esclama: ¡ven á protejernos!
Y ante su Majestad el rostro humilla:

Alza el hebreo la divina frente
Donde tiene el encanto su morada,
Y entreabriendo los ojos suavemente
Lanza en torno dulcísima mirada.

Hombres de poca fé, dice sereno:
¿Por qué quereis temer cuando en su mano
Os lleva por doquier el Nazareno
Que es del cielo y la tierra soberano?

Y tranquilo á la escala se dirije
Cuando el fragor del rayo estrepitoso,
Al desgraciado tripulante aflije,
Y resuena el retumbo borrascoso.

Llega á la mura en tanto que el navío
A babor y estribor jira violento,
Y el remezon del huracan bravío,
Le mueve á barlovento y sotavento.

Suelta al viento la rúbia cabellera,
Fija en el Cielo los divinos ojos;
Vé la nubes rodando por la esfera,
Y de la pobre nave los despojos.

Y cuando ruda la sozobra aumenta
Y tiembla de pavor el navegante,
¡Calla! ¡enmudece! dice á la tormenta,
¡Y la tormenta calla en el instante!

El angel de la sombra se retira
Llevándose los truenos en sus alas;
El suave soplo de las auras jira,
Y de la calma tiéndense las galas.

Y descienden veloces mil querubes
De blanca frente y de flotante velo,
Recojen los crespones de la nubes,
Y queda límpio el bello azul del cielo;

Y la luna, doliente y majestuosa
En su carro de blancos reberberos,
Aparece de nuevo luminosa
Con su corte brillante de luceros.

¿Quién és este hombre? dice el navegante:
A quien el rayo humilde le obedece,
Y la dulce espresion de su semblante
Dilata el corazon y le engrandece?

¿No hay duda que es un Dios! dice el marino
Doblando reverente la rodilla,
El que domina el fiero torbellino,
Y la tremenda tempestad humilla!

¡Es Dios! repite el angel inefable
Pulsando con delicia el plectro de oro;
Y yo gusano vil y miserable,
¡Canto á mi Dios, y con amor le adoro!

A MI HIJO.

La juventud.

Bello es vivir cuando la mente sueña
Un paraiso de fragantes flores;
Cuando la dicha con su faz risueña,
Y su mirada dulce y alhagüeña,
Disipa de la vida los dolores.

Cuando vate sus alas la esperanza
Derramando en el alma la alegria,
Y nos señala en bella lontananza,
Un porvenir de gloria y venturanza
De grato bienestar y de poesía.

Es bella en fin, la juventud lozana
Con su franca espansion y sus sonrisas;
Hermosa cual la espléndida mañana
Cuando de oro y topacio se engalana,
De gualdas, de perfumes y de brisas.

Pero pasan los años velozmente,
Para la juventud y los amores,
Y los bellos ensueños de la mente,
Y deja surcos en la mústia frente,
El soplo abrasador de los dolores.

. . . . . .

¡Ay! entónces la existencia
Se vuelve campo de abrojos;
Es un lirio sin esencia,
Un lago sin transparencia,
Un negro caliz de enojos.

Es una noche sin luna
Sin auras y sin estrellas;
Y el rigor de la fortuna
Va tronchando una por una
Las esperanzas mas bellas.

Entonces en el vacio
Se hunde el porvenir soñado, ...
¡Que todo fué desvarío!
Y solo queda hijo mio,
El corazon desgarrado.

Por eso mi triste canto
Amargos ayes suspira,
¡Por que he padecido tanto!
Que el torrente de mi llanto
Secó la voz de mi lira.

¡Quiera Dios que la amargura
Nunca sientas de la vida
Hijo mio! y la ventura
Llene siempre de dulzura
Tu existencia bendecida.

UN JARDIN.

Que bello es, al despuntar el dia,
Cuando el sol aparece en el espacio
En su carro de nácar y topacio
De blancas madre perlas y rubí,
Cuando van deslizando en calma leda
Mil celajes de rosa y escarlata,
Y ténues gasas de nevada plata
En un fondo brillante de turquí.

Cuando el ave sus cánticos entona
Saludando del alba la sonrisa;
Cuando flota el suspiro de la brisa, ...
Contemplar la belleza del jardin.
Como juegan las auras matinales
Con el lindo narciso y la berbena,
El tomillo y la nítida azucena,
Del fragante eleotropo y el jazmin.

Titilando la gota del rocio,
Adorna la corola de la rosa;
En tanto que lijera mariposa,
Liba del mirto la sabrosa miel.
Y la alondra cantando en el ramaje
Contesta al arrullar de la paloma,
Y el nardo exhala su fragante aroma
Meciéndose garboso en el verjel.

Entre su lecho de esmaltadas hojas
Esconde sus encantos la violeta,
Y la blanca y simpática mosqueta
Derrama su perfume en el pensil:
El bello pensamiento y la ambarina,
El amaranto y el boton de rosa,
La adormidera y la camelia hermosa,
¡Cuán bellas son en el sereno Abril!

Como enlaza la blanca madre-selva
Al naranjo la rama trepadora,
Y columpia la espiga simbradora
El soplo de la brisa matinal;
¡Que efluvios de fragancia! ¡cuanta esencia!
Esparce la diamela entre las flores
Que en torno de preciosos surtidores
Reciben una llúvia de cristal.

¡Cuánto brillan las bellas margaritas
Cerca de los claveles y el romero!
¡Como trina el sensontle y el jilguero!
¡Que vuelo tan veloz el del gorrion!
En la tierra se arrastran mil insectos
Y jiran otros en alado enjambre,
Y roen de las hojas el estambre
Con su pequeño y afilado arpon.

Y luego las estátuas de alabastro,
Airosas destacando en el follaje,
Parecen recibir el homenaje
Que les tributa el mirto y el laurel.
Penden líquidas perlas de rocío
Del sauce jemidor, y sopla el viento:
Las gotas se desprenden; y al momento,
Se borda de brillantes el verjel.

Y del naciente sol los tibios rayos,
Se quiebran en las hojas y en las flores,
Que ostentan sus magníficos colores
Adornadas de réjia brillantez.
Entonces ¡ay! contemplo conmovida
Tan grandioso conjunto de belleza,
De poesia, de aromas, de pureza,
En la sombra de lánguido ciprez.

Se aleja el dia en alas de la tarde;
Corro al jardin, tambien le encuentro bello,
Cuando recibe el último destello
Que el astro rey, le envia al declinar.
Entónces con su corte de luceros
La blanca luna por oriente asoma,
Y le ofrece, cortez, su suave aroma
El capullo del nítido azahar.
. . . . . .

Y viene el invierno con ruda inclemencia
Tronchando en el tallo la nítida fior;
Y el lirio marchito, sin brillo ni esencia,
Emblema es entónces de fiero dolor.

Deshoja la acacia y el lindo agapanto;
La blanca azucena y el tierno jazmin,
Al verles mis ojos se arrasan en llanto
Y al cielo pregunto: ¿qué fué del jardin?

La nieve le cubre como ancho sudario
Y allí palidece tambien el clavel:
¡Entónces Dios mio! panteon funerario,
Parece á mis ojos el triste verjel.

EL ESPOSITO.

Es de noche, sopla el viento,
Y la calle está desierta
De improviso me despierta
Un tristísimo lamento.

Atraido por la queja
Dejo el lecho presuroso,
Y llego un tanto medroso
De mi balcon, á la reja.

Al traves de los cristales
De los pálidos reflejos
Que derraman desde lejos
Las estrellas estivales,

Veo una sombra que pasa
Y luego se va acercando,
Y se sienta suspirando
En la acera de mi casa.

Siete años apenas cuenta;
Es puro como el armiño,
¡El que padece es un niño!
Oid como se lamenta:

¡Cuanta angustia Dios bendito!
Que terrible desventura!
Es mi vida la amargura
Mi dolor, ¡es infinito!

Huérfano, sin un amigo,
Envuelto en honda tristeza.
¡Solo me dá la pobreza
Los andrajos del mendigo!

¿Quien soy yo? ¿quiénes me dieron
Esta penosa existencia?
¿Por qué con fiera inclemencia
En la miseria me hundieron?

¡Dios mio! si tengo padre....
¿Por qué á sufrir me condena?
¿Por qué no calman mi pena
Las caricias de mi madre?

Sin compasion la fortuna
Ciñó de espinas mi frente.
¡Dime mundo indiferente!....
¿Quién meció mi pobre cuna?

Huérfano, triste, sin nombre,
Sin familia, sin amores,
Se van tronchando mis flores
Bajo la planta del homdre.

¡El Hospicio! ¡pobre niño!
Allí pasó mi existencía,
Sin que fuera la inocencia
Guardada por el cariño:

Y luego, con voz incierta
Corriendo siempre al acaso,
Pido mi alimento escaso
Vagando de puerta en puerta.

Se fué apagando el jemido;
Cesó por fin el sollozo,
Y yo corrí pressuroso
Diciendo: ¿Se habrá dormido?

Llego, y al fulgor incierto
De el lucero titilante,
Veo su triste semblante....
¡Pobre niño! ¡estaba muerto!

¡Maldita sea su madre!
Yo grité con ronco acento,
Y el eco rujió en el viento:
¡Maldito sea su padre!

Mi Cumple-años.

¡Cuántos años de amarga desventura!
¡Cuántos años de acerbo desconsuelo,
Sin un dia de plácida dulzura
En tanto tiempo de funesto duelo!

Desde el instante en que yo vine al mundo
Acarició mi ser negra fortuna;
Y lanzando un lamento jemebundo,
El ánjel del dolor, meció mi cuna.

En vez de aureola colocó en mi frente
Su guirnalda de negros pensamientos;
Y sin piedad, marcó mi faz doliente,
Con el sello de crueles sufrimientos.

Luego regó con llanto de sus ojos
El camino fatal de mi existencia,
Convirtiendo las flores en abrojos....
Sin brillo, sin perfume, sin esencia.

Y batiendo sus alas impalpables
Me circundó de lóbrego bacio;
Abismos tenebrosos, insondables,
Abrió sin compasion en torno mio.

Y me trazó su descarnada mano
Triste senda de espinas punzadoras,
Donde hay de llanto, turbulento oceano,
Y agonia sin muerte, á todas horas.

En llanto se bañó mi triste infancia;
Pasó mi juventud, cual un jemido:
Como la flor marchita y sin fragancia,
Que se hunde para siempre en el olvido.

Hoy que las canas cubren mi cabeza,
El horrible pesar vive conmigo;
Mas en medio del llanto y la tristeza....
¡¡Arcanjel del dolor! ¡yo te bendigo!!

A la Señora de Zaldivar.

Como se quiebra el rayo de la luna
En una tumba silenciosa y fria,
Y al travez de los sauces irradía
En apartado y lóbrego panteon,
Tu recuerdo brillaba aquí en mi mente
Como una blanca y titilante estrella;
Y de su disco la radiosa huella
Reflejaba en mi pobre corazon:

Recordaba que un anjel de la tierra
De dulce faz y púdica sonrisa,
Mas suave que el suspiro de la brisa
Jugando con las hojas de la flor,
Vino un dia á mi hogar; y su presencia,
Calmó mis penas y enjugó mi llanto:
Porque su voz tenia tal encanto
Que rasgaba las sombras del dolor.

El ánjel se alejó de Guatemala
Dejándome sumida en la amargura,
Y sufriendo la negra desventura
Que mi pecho desgarra sin cesar.
Mas hoy batiendo sus nevadas alas
Tiende su vuelo; y á la patria mia,
Vuelve de nuevo: y siente el alma mia
Mitigarse su bárbaro pesar.

Si tuviera de Milton la dulzura,
El eco de bellísimos turpiales,
De Espronceda las notas inmortales,
Y los trinos del tierno ruiseñor,
El sentido arrullar que la paloma
Oculta en el ramaje al viento exhala,
Cantaria que vuelve á Guatemala,
El jénio tutelar del Salvador.

Mas ¡ay! como mi vida es un desierto
Regado con el llanto de mis ojos,
Y en mi camino solo encuentro abrojos
Y me cubren las sombras del panteon,
Quiero pulzar mi destemplada lira....
¡Y esta sin cuerdas y goteando llanto!
Y por eso Señora, en vez de canto,
Un suspiro te envia el corazon.

Á mi hija Ana,

El dia de su natalicio.

¿Quien me diera mi bien secar el llanto
Que á veces vierten tus rasgados ojos,
Y convertir en goce tu quebranto
Y en bellas ilusiones tus enojos?

¡Quien me diera colmarte de ventura
Y ciñendo tu cien de blancas flores,
Alejar de tu vida la amargura
Y el soplo cruel de negros sinsabores!

¡Mas ay! tu pobre madre dulce Anita,
Solo tiene dolores y tristeza;
Porque es la planta que el turbion ajita
Y la arrastra del monte á la aspereza.

¿Qué puedo darte yo niña inocente?
Hasta mi canto es lúgubre jemido;
Amarga queja del dolor latente,
Que triste exhala el corazon herido.

Solo una flor conserva su fragancia
En medio del desierto de mi vida;
Flor que nacida, allá desde tu infancia,
Desarrolló contigo hija querida.

Es el amor que allá desde la cuna
Arde ferviente acá en el pecho mio;
Hermoso como un rayo de la luna,
Reflejando en un páramo sombrio.

Ella es la flor que mi pesar suaviza,
Que guarda el corazon pura y brillante,
Y hace á veces que anime la sonrisa
Mi demacrado y pálido semblante.

Para los hijos que amo con delirio,
Guarda esa flor su delicado aroma;
No la deshoja el soplo del martirio,
Y su esencia te doy blanca paloma.

AL SEÑOR DON R. G. V.

En contestacion á su preciosa poesia.

¿Me pides tú, mi destemplada lira
Que está sin cuerdas y goteando llanto
Cuando las notas de tu dulce canto
Son torrentes de suave vibracion?
¿Y deseas que calme mis dolores,
Que disipe mi fúnebre tristeza
Para cantar la virginal belleza
Que conmueve tu jóven corazon.

Quisiera complacerte amigo mio,
Porque soy entusiasta por lo bello:
¡Me admira de los astros el destello!
¡Y me embriaga el perfume de la flor!
Pero olvidar que mi fatal destino
Marchitó para siempre mi alegría,
Acallar lo que sufre el alma mia,
Es imposible, amable trovador!

Al afecto materno, tú lo sabes....
Le llaman: el amor de los amores.
¿Y deseas que calme mis dolores
Cuando dos hijas por mi mal perdí?
¡Ay! al traves del tiempo que ha pasado
Creo ver en mi loco desvarío,
Que desde el fondo del sepulcro frio
Sus tristes ojos vuelven hácia á mí.

Tambien escucho que me gritan: ¡madre!
¡Jamás olvides á tus tiernas hijas!
Entónces quedan mis miradas fijas,
En apartado y lóbrego panteon.
Y luego siento que mi pecho cubre
El frio ¡ay Dios! de soporosa tumba,
Y en un caos de muerte se derrumba,
La esperanza, la dicha, y la ilusion....

¿Y así quieres que cante tus amores?
Que pulse yo mi destemplada lira
Para pintar del ánjel que te inspira
La risueña y alegre juventud?
¿Que cante yo cuanto el acerbo llanto
Que á todas horas de mis ojos brota....
Es un raudal, que en su corriente ignota
Se llevó para siempre mi laud?

Canta tú, cuya mente soñadora
No velan los crespones de la muerte:
Yo solo puedo en mi contraria suerte,
Un jemido, ofrecer al trovador.
¡Triste jemido que al salir del lábio,
Al arrancarse de mi yerto pecho,
Deja mi corazon pedazos hecho,
Porque rompe sus fibras el dolor!

EN UN ALBUM.

En inspirado verso, si fuera yo poetisa,
Cantara bella niña tu célico candor;
Cantara de tus lábios la púdica sonrisa
Que es suave como el soplo de perfumada brisa,
Jugando con el broche de matizada flor.

Cantara de tus ojos la fúljida mirada;
De tu flexible talle, la gracia y esbeltez:
Las perlas con que adornas tu boca sonrosada,
Tu cuello contorneado, tu frente nacarada,
La suave transparencia de tu morena tez.

De tu semblante bello la grata simpatía;
Tu blonda cabellera, tu linda juventud:
De tu sentido acento la tierna melodía,
Que guarda en cada nota torrentes de armonía
Mas dulces que el sonido del poético laud.

Cantara yo de tu alma Victoria encantadora
La espléndida hermosura, la dulce sencillez;
Mas límpia que los rayos de la risueña aurora
Cuando las blancas nubes y el horizonte dora
Y riega lindas perlas de clara brillantez.

Cantara. . . ¡mas no puedo! porque mi triste lira
En medio de las tumbas perdió su vibracion,
El ánjel de la muerte mis cánticos inspira;
Mi voz es el jemido de una alma que suspira
La queja dolorosa de un mártir corazon.

El inspirado vate que cante tu belleza,
La aureola con que ciñes tu frente virginal:
Anjel de blanca veste, de nítida pureza,
Yo solo tengo llanto pesares y tristeza.
¿Aceptas mis suspiros camelia tropical?

A MI HERMANA

JESUS.

¡Hermana de mi alma!
Jénio del bien y para el bien nacida
Mas puro que los rayos de la luna;
Anjel vestido de preciosas galas,
En torno de mi cuna,
Batiste airoso tus nevadas alas.
¿Te acuerdas cuando ansiosa,
Llamaba yo con infantil delirio,
A la madre amorosa,
Que en sus besos amantes envolvia
Mi débil ser, y mi arrulló en sus brazos?
¡Ay! al llamarla no me respondia....
Y apurando el veneno
Del acerbo pesar y del quebranto,
Me arrojaba en tu seno
Vertiendo allí, mi doloroso llanto.
Tus lágrimas mezclabas,
A las que triste derramó la niña:
Que al entrar en la senda de la vida,
La sorprendió su malhadada suerte
Dejando su alma herida.
Envuelta en los crespones de la muerte.
Cuando tendió su vuelo
Mi santa madre, y traspasó el espacio,

Y se escondió en el cielo,
Sola quedé en el mundo cual barquilla
Atravesando el mar de la existencia,
Sin faro, sin velámen y sin quilla.
Entre acerbos dolores,
Creí morir de angustia y de congoja;
Como mueren las flores,
Como el capullo que el turbion deshoja:
Mas tú mi dulce hermana,
Me tendiste tu mano protectora;
De la huérfana triste y desvalida
Guardaste la inocencia con cariño;
Con el amor de tu alma bendecida,
Con la pureza y sencillez de un niño:
Un rayo de esperanza
Se desprendió de tus rasgados ojos
Y formó en lontananza,
La vision bienhechora del consuelo:
¡Ella me ama! dije conmovida,
Y poco á poco se calmó mi duelo,
Porque tú acariciabas
Cual madre tierna mi marchita frente,
Y la huella borrabas,
De los pesares y el dolor latente.
¡Por eso te bendigo!
Porque de tu alma el delicado armiño
Es puro cual la nítida azucena;
Porque es tu corazon hermoso lirio
Y en tu frente serena,
Irradía la aureola del martirio,
Porque sigues las huellas
Del que borda de soles el espacio;
Que dá perfumes á las flores bellas;
Y en su divino paso por el mundo,
Dejó la caridad como un destello
De aquel amor intenso; amor profundo
Con que ama al desvalido,
Que vé la dicha y la esperanza muerta,
Y mendiga abatido

Un pedazo de pan, de puerta, en puerta.
Porque tú te complaces,
En llenar la mision que es la de un ánjel
De esos que envia Dios en su clemencia
A recorrer la senda dolorosa
De la triste existencia;
Y con tu voz, afable y cariñosa
Consuelas al que llora,
Al que apurando un cáliz de amargura
La compasion implora,
De aquellos....¡ay! que con soberbia nécia
Arrojándole al rostro la saliva,
Le insulta, le escarnece, y le desprecia.
¡Ay! pero tú suavizas la agonía
Y recojes el llanto del mendigo;
Por eso hermana mia,
Mi jénio tutelar....¡yo te bendigo!

A MI PADRE.

¿Has visto dí, cuando despunta el dia,
Cuando el sol aparece en el oriente?
¡Que hermosa claridad! ¡cuanta alegria!
Esparce el disco de su réjia frente?

Coronado de rosas se levanta;
Y tendiendo su manto de topacio,
El azul de los cielos abrillanta,
Y borda de rubíes el espacio.

Y todo lo engalana con su lumbre;
Riela en el mar, y luce en el rocío:
De los montes refléjase en la cumbre,
Y en el cristal del trasparente rio.

De su carro mil perlas se desprenden
Y riegan de oro la celeste esfera;
Y á la tierra bellísimas descienden,
Las hebras de su linda cabellera.

A su venida canta la paloma
Lanzando al aire su doliente arrullo;
La flor le envia su fragante aroma,
Y abre su broche el virginal capullo.

Pues bien, Padre querido; cual la llama
Del sol que la tiniebla desvanece
Cuando sus rayos por doquier derrama
Y todo lo fecunda y lo embellece,

Así es el fuego que tu pecho amante
Sintió por mí, desde mi edad primera;
Me dá la vida su fulgor radiante,
Y es puro, cual la luz de primavera.

La Mujer Adúltera.

I.

En un lindo jardin de la Judea,
A la sombra de verde sicomoro,
Una jóven judia se recrea,
Pulsando complacida su arpa de oro.

Circundada de flores primorosas,
De blanca madreselva y limoneros,
Y enjambres de pintadas mariposas,
Y el aroma de lindos pebeteros.

La reina de las flores parecia
En el pensil meciéndose garbosa;
Como se mece al despuntar el dia,
Saludando al crepúsculo la rosa.

Es bella, como el sueño del poeta,
Risueña como el rayo de la aurora;
Graciosa cual la tímida violeta,
Esbelta cual la palma cimbradora:

Tersa la faz, y pálida la frente,
Negros como la noche son sus ojos:
Clara la luz de su mirada ardiente,
Blancos sus dientes y sus labios rojos:

Negro el cabello, en ondas caprichosas,
Desliza suelto por la blanca espalda;
Y sembrado de nardos y de rosas,
Cae profuso en la bordada falda.

De improviso la jóven hechicera,
Se incorpora y arregla su ropaje;
Acaricia la negra cabellera,
Y fija la mirada en el ramaje.

En el instante vaporosa nube,
Vela el jardin, el huracan retruena:
En tanto que bellísimo querube
Huye cubriendo el rostro de azucena;

Es el ángel que allá desde la infancia
Custodiaba el candor de la judia,
Y derramando en torno su fragancia
Con sus alas de nácar la cubria;

Ahora la deja huyendo presuroso;
Y apartando las nubes con su vuelo,
Rasga el celaje denso y vaporoso,
El tornasol de su flotante velo.

Vuelve la claridad, lucen las flores....
Mas ¡ay! no brilla la quietud del alma;
Deja la nube intactos los colores,
Pero á la hebrea, le robó la calma.

Disipada la bruma reaparece,
En el pensil, la espléndida judia,
Mas su rostro de ninfa palidece
Sin encantos, sin luz, sin alegria.

Linda mujer, vision encantadora....
¿Porqué en tus labios muere la sonrisa
Y el dulce son de tu arpa vibradora
Ya no resuena en alas de la brisa?

Yo veo titilar en tu pestaña
Una furtiva lágrima doliente;
Y cuando el llanto tus mejillas baña,
Arrancas la guirnalda de tu frente:

Es que el demonio tentador derrama
Sobre tu ser, fatídico veneno:
Su aliento impuro abrásate en su llama,
Arrastrando tu aureola por el cieno.

Y tronchada la flor de tu pureza....
¿Qué puedes esperar ángel caído?
Por eso inclinas la gentil cabeza,
Por eso lloras con mortal jemido.

¡Ay! ¿qué será de tí cuando tu esposo
Cuenta te pida de su honor burlado
Y en suplicio terrible y afrentoso
Pagues desventurada tu pecado?

Ya se acerca....¿no ves el torbo ceño
De su lívida faz? ¡pobre criatura!
Fué tu pasado venturoso ensueño,
Tu porvenir, es poema de amargura.

II.

Por entre las berbenas, los mirtos y el follaje;
Tronchando sin clemencia los tallos de la flor,
Un hombre se adelanta transido de coraje,
Mesando sus cabellos, rasgando su ropaje,
Y llega á la judia temblando de furor.

Al trueno semejante que ruje en la montaña,
Su voz enronquecida resuena en el jardin:
La jóven se conmueve con impresion tamaña
Se ajita, se estremece, como la frájil caña,
Como se dobla el tallo pulido del jazmin.

El ofendido esposo la grita: ¡miserable,
¿Qué has hecho de mi honra mujer sin corazon?
¿Qué has hecho de tus galas criatura despreciable?
Tus locos devaneos, tu crímen ecsecrable,
Provoca de los cielos, ¡la eterna maldicion!

Por eso yo detesto, mil veces tu existencia,
Porque mi nombre mancha tu emponzoñada hiel,
¡Adúltera maldita! ¡esposa sin conciencia!
¡Los jueces ya te esperan! ¡no implores su clemencia!
¡Porque eres el escarnio del pueblo de Israel!.

La dice: y de los brazos la toma enfurecido:
La arrastra por el suelo ¡ay Dios sin compasion!
La arroja de sus lares cual de un eden perdido,
La jóven exhalando tristísimo jemido,
Oprime con sus manos el mártir corazon.

Las calles atraviesan marchando presurosos:
Bajo impresion distinta, ¡suspiraban los dos!
El pecho de la jóven sofocan los sollozos;
Contempla en lontananza tormentos horrorosos,
Y marcha tristemente de su marido en pos.

La boca del hebreo vomita imprecaciones,
Recuerda el juramento que un dia en el altar
Cambiaron palpitantes sus tiernos corazones,
Y ahora ve rasgadas sus bellas ilusiones
Perdida para siempre la dicha del hogar.

III.

En tanto contemplan tronchados sus goces
Llevando en el alma la pena, el dolor,
Se reune el senado de ancianos feroces,
De crueles Escribas, sin fé, sin honor.

Allí el fariseo soberbio, insolente,
De torba mirada terrible y audaz,
De labios contraidos, de hipócrita frente,
Ostenta orgulloso su lívida faz.

De pronto se siente tumulto ruidoso;
De voces y pasos resuena el tropel:
Por entre la plebe penetra el esposo,
Y dice á los jueces: ancianos de Israel:

La esposa que un dia cubierta de flores
Llevé complacido al templo de Sion,
Hoy cubre mi vida de negros colores,
Mi honor y mi frente de eterno baldon.

Y vuelto á la jóven con ruda violencia
La dice truncada de ira la voz:
¡Adúltera infame! ¡mujer sin conciencia!
¡Los jueces te juzguen! ¡Castíguete Dios!

IV.

Y en tanto que la adúltera lloraba
Suspendida á los bordes del abismo,
Un bellísimo jóven caminaba
Al templo santo en el momento mismo.

¡Blanca como los lirios es su frente!
En su mirada se adivina un cielo,
En donde encuentra el corazon doliente
El manantial eterno del consuelo:

Porque la luz de sus divinos ojos
Borra las penas y mitiga el llanto;
El movimiento de sus labios rojos
Vierte en el alma indefinible encanto.

Y la aureola de luz que le circunda
Eclipsa el sol, las tempestades calma:
En dulce inspiracion la mente inunda,
Hasta los cielos trasportando el alma:

Es mas dulce su voz que los cantares
De las hijas de Sion en el santuario,
Cuando vibran al pié de los altares
Sus trinos al compas del incensario.

Es su cuerpo gallardo y majestuoso,
Breve su planta, el cuello alabastrino;
Y en el conjunto de su rostro hermoso,
De Dios refleja el esplendor divino.

Porque ese jóven de jentil belleza
De noble porte y de mirar profundo
Que esparce en torno celestial pureza,
Es el divino Salvador del mundo.

Al templo llega al fin; mas de momento,
En las gradas del átrio se detiene,
Y ve correr cual rio turbulento
La muchedumbre que avanzando viene.

La plebe cual torrente despeñado
A los pies de Jesus se precipita:
Vienen tambien los miembros del senado
Y en medio de ellos, la mujer maldita.

¡Adúltera infeliz! cubre el semblante
Tan bello un dia, tan marchito ahora;
Cubierta de vergüenza y palpitante,
Solo de Dios, la compasion implora.

Y sinó mira, la apiñada plebe
Prepara ya las piedras, ¡infelice!
Oye la voz del fariseo aleve,
Que ante el Señor, te acusa y te maldice.

Los hombres no perdonan ¡desgraciada!
Por el contrario, escupen en tu frente;
Y responden con ruda carcajada,
Al triste ¡ay! de tu dolor vehemente.

El feo escriba de rugado ceño,
De horrible boca y de mohin esquivo,
Siempre de hacer el mal en el empeño
Dice al Señor con ademan altivo:

Manda la ley que sea castigada,
Que no encuentre perdon la infiel esposa;
Que muera por las calles apedreada,
Como serpiente vil y ponzoñosa.

Esa criatura soez que á tus pies llora,
Es adúltera, infame y corrompida:
Escandalosa, inmunda pecadora,
¡Debe pagar su crímen con la vida!

Eso manda el deber y la conciencia;
Lo sanciona Moisés; mas tu doctrina
Nos predica el perdon y la clemencia,
Quebrantando quizá, la ley divina;

¿Qué harémos pues? Tu caridad sublime
Deseamos practicar, y fácil fuera,
Sin la justicia que el deber imprime,
Y debe ser en todo la primera.

Tranquilo y dulce el Salvador oía,
De los jueces, la charla despreciable;
En tanto que la adúltera jemia
Con un dolor ¡profundo! ¡inecsorable!

Fija el Señor los ojos en el suelo,
Escribe en él cual si estuviera solo;
Luego los vuelve al azulado cielo
Dó no hay perfidia, pequeñez ni dolo.

Así queda un momento contemplando,
El tornasol de las plateadas nubes
Que por el éter iban avanzando,
De pedestal sirviendo á los querubes.

¡Respóndenos Jesus! la plebe grita:
Sacándole de rapto delicioso;
¿Qué haremos dí, con la mujer maldita
Que ha deshonrado el nombre de su esposo?

El Señor de su aureola circundado
Vuelve á la plebe su mirar sereno:
El que se juzgue libre de pecado,
Tire la piedra: dice el Nazareno.

Y cual levanta su espumoso oleaje
El ancho mar, en medio de la noche,
Cuando los rayos forman del celaje,
En el espacio su enlutado coche,

Y el ruido estrepitoso de las trombas,
En la region selvática resuena;
Y semejante al ruido de ígneas bombas
La voz tonante de los vientos suena;

Así se levantó el remordimiento
Del fariseo en la fatal conciencia
Cuando hablaba Jesus; y en el momento,
El fango recordó de su existencia,

Y cual huyen las sombras pavorosas
Al despuntar la clara luz del dia
Cuando la aurora, cual monton de rosas
En un carro de perlas irradía.

Huyó veloz el tumultuoso bando
Que á la infeliz adúltera insultaba;
La pobre pecadora sollozando,
¡Sola con Dios! y su dolor quedaba.

Y en tanto la infeliz confusa llora
Pegando al polvo su semblante bello
Y palpitante su perdon implora
Encubriendo la faz con el cabello,

Y la copa fatal de la amargura
Gota, por gota, apura hasta las heces,
Jesus la dice lleno de dulzura:
¡Pobre mujer! ¿En dónde están tus jueces?

Ella responde con mortal angustia
Levantando del suelo la cabeza:
No les veo Señor: y luego mústia
Vuelve á bajarla llena de tristeza.

Jesus levanta la divina mano
Que pone diques á la mar hirviente,
Y dice con acento soberano;
¡Yo te perdono pobre delincuente!

No quieras delinquir; sea tu vida
De llanto, la expiacion de tu pecado;
Recuerda siempre de dolor transida
La tenebrosa historia del pasado.

En el instante, en presuroso vuelo
Coronado con pléyades de estrellas,
Un ángel cruza el azulado cielo,
De luz dejando rutilantes huellas.

Es su rostro mas bello que las flores
Y sus ojos rasgados y brillantes;
Lucientes cual del sol los resplandores,
De sus alas los fúljidos cambiantes.

Es el génio que trae de los cielos
La santa inspiracion y la esperanza;
La dulce caridad y los consuelos,
Cual ráfagas de eterna venturanza

Llega á Jesus el ángel inefable
Besando el polvo que su planta huella;
Dios señalando á la mujer culpable,
Dice al querube: ¡velarás por ella!

En copa de oro guardarás su llanto
Porque el alma que llora arrepentida
En mi augusta presencia, ¡le ama tanto!
¡Que doy por ella y por su amor la vida!

Porque yo soy el redentor divino
Que vengo al mundo por los pecadores;
Y á la obeja que vuelve á mi camino,
Le regalo mi sangre y mis dolores.

V.

Así habla el Nazareno; la brisa perfumada
Repite de su acento la dulce vibracion;
El ánjel inocente la fúljida mirada,
De rúbia cabellera, y frente nacarada
Entona conmovido suavísima cancion.

La redencion del alma que llora arrepentida,
Pulsando el plectro de oro celebra el querubin;
Y en tanto que ella jime confusa abatida,
Resuena en el espacio su voz y enternecida,
Y canta allá en el cielo, tambien el serafin.

Jesus se va alejando del átrio, y la Judia.
Levanta el rostro bello cubierto de rubor;
Sombrea su semblante mortal melancolía
Penetra en el Santuario trancida de agonía.
Y queda sumerjida en místico dolor.

¡Oh Dios! al fin esclama con voz entrecortada.
¡Perdona de mi pecho la negra ingratitud!
¡Perdon! ¡perdon! repite en lágrimas bañada;
Sino ha de amarte siempre esta alma lacerada,
¡Que venga ya la muerte! ¡que venga el ataud!

VI.

Medio cubierta en su rasgado manto
Sobre el pecho inclinada la cabeza,
La Judía de espléndida belleza
Del Santuario salió.
¡Mas ay! no tiene hogar, no tiene esposo,
Ni un amigo la pobre pecadora!
Perdona Dios la falta del que llora,
Pero los hombres no!....

¡Terrible condicion de los mortales!
Si troncha el nardo el huracan bravío,
El mundo rie indiferente y frio
Sobre la mústia flor!
¡Pobre mujer de todos despreciada!
¿Qué puedes esperar ánjel caido?
Sepultada en el caos del olvido,
¡Tu vida es el dolor!

LA MAGDALENA

En una estancia lujosa
Circundada de jardines
Una joven vanidosa
Se reclina perezosa
En orientales cojines.

Lo que hay de mas elegante
Allá en su réjia morada,
Forma un conjunto brillante
Alhagüeño deslumbrante
Que recrea la mirada.

Lindos pájaros cantores
Saltan entre jaulas de oro:
Hay estátuas, surtidores,
Limoneros, bellas flores,
Y trébol y sicomoro.

Todo es buen gusto, elegancia.
Se aspiran suaves aromas
En aquella réjia estancia,
Y del lirio la fragancia,
Se guarda en blancas redomas.

Allí la jóven hermosa
Reclina el cuerpo gallardo
En sus cojines de rosa,
Y aspira alegre y graciosa
La suave esencia del nardo.

Está tambien arreglado
El traje de la judia,
Que su espléndido tocado
Parece que lo ha formado
El jénio de la poesia.

Ceñida su blanca frente
De topacios y brillantes
Y margaritas de Oriente,
Forma un círculo luciente
De bellísimos cambiantes.

Ajusta su blanca espalda
El traje de terciopelo
Con presillas de esmeralda,
Y cae sobre la falda
Su largo y flotante velo.

Sueltos los rubios cabellos
Un manto de oro parecen:
Azules sus ojos bellos
Y de tan claros destellos,
Que al que miran, enloquecen.

Es su boca sonrosada,
Menudas perlas sus dientes:
Y su garganta torneada,
Y su frente nacarada,
Y sus miradas ardientes.

Esbelta y encantadora
Ciñe con banda lujosa
Su cintura cimbradora,
Y un suave carmin colora
Su faz de jazmin y rosa.

Es la jóven hechicera
Tan espléndida y tan bella,
Que en Jerusalen entera
Otra mujer no se viera
Tan cortejada como ella.

Gran círculo la rodea
Mendingando una sonrisa:
Y la jóven coquetea
Como la flor juguetea
Con el soplo de la brisa.

Mas de pronto en su mirada
El cansancio se refleja:
Está de goces hastiada;
Y se acerca fastidiada
De su balcon á la reja.

Allí queda contemplando
El fulgor de las estrellas,
Y las nubes que avanzando
Por el eter van cruzando
Tornasoladas y bellas.

La blanca Luna doliente
Lanzando rayos de plata
Asoma por el oriente:
Y la aureóla de su frente
Por el espacio dilata.

Caminando majestuosa
En su rutilante coche
Espléndida y luminosa,
La cortina pavorosa
Rasga de la densa noche.

La jóven embebecida
Fija en ella su mirada,
Y suspira conmovida
Contemplando enternecida
Su tibia luz nacarada.

¿Por qué suspira la hermosa
Al ver la pálida Luna,
Cuando es tan bella y dichosa
Y entre mil placeres goza
El favor de la fortuna?

Es que su alma necesita
De sublimes impresiones:
Por eso tiembla, se ajita,
Y su corazon palpita,
Anhelante de ilusiones.

Por eso busca en el juego
Del mundanal desvario
Grandes goces, pero luego
Cansada su alma de fuego,
Vuelve á sentir el vacio.

I

De pronto la judía se estremece,
Da un paso atrás, dilata la mirada;
Su semblante se altera y palidece,
Y queda sin aliento, enajenada.

Caidos los brazos, palpitante el seno;
Fijos tiene los ojos hechiceros,
En un jóven y bello Nazareno
Que contempla el fulgor de los luceros.

Está de pié cubierto con su manto.
De la judia á regular distancia;
Ella contempla su divino encanto;
Desde el balcon dorado de su estancia.

Vé su divina frente majestuosa,
La sublime espresion de su mirada,
El rádio de su aureola luminosa;
Y queda sin aliento deslumbrada.

¡Jamás! ¡jámás! un hombre tan hermoso
Imajinó encontrar en su camino,
De porte tan gallardo y majestuoso,
De semblante tan dulce y tan divino.

El jóven vuelve su jentil cabeza
Fija sus ojos en la abierta reja
Y su rostro se cubre de tristeza
Y lentamente del balcon se aleja.

La jóven vé la estela luminosa
Que deja al caminar su breve planta.
Y al contemplar la huella fulgorosa
Seca la voz, espira en su garganta.

No ve siquiera que á su lado estaba,
Un hombre que estasiado la veía.
Y su rara belleza contemplaba;
Con atenta y cortés galanteria.

¿Qué tienes Magdalena? la pregunta:
¿Por qué tus bellos ojos nubla el llanto?
Mas ella no le vé sus manos junta,
Gozando siempre indefinible encanto.

¡Oh cuan divino es! al fin esclama,
¡Es mas hermoso que la luz del dia!
Si no le vuelvo á ver muero en la llama
Que abrasa el corazon y el alma mia.

No, porque el fuego que en mi pecho siento
De la pasion no tiene la violencia:
No es el atroz y amargo sentimiento,
Que estingue entre dolores la existencia.

Yo le amo, sí; con el amor del alma,
Vive en mi ser, el bello Nazareno.
Pero no turba la preciosa calma,
La clara luz de su mirar sereno.

Dice, apoyando la nevada frente
En su mano pequeña, alabastrina,
Y envuelta con el velo trasparente
En un divan de nácar se reclina.

La brillante reunion que pululaba
En el réjio salon de la judía,
Y en sus raros encantos embriagaba,
Con gran sorpresa ahora la veía.

Y la rodea con tenaz empeño
Su corte de vulgares seductores,
Y con rostro vinoso y halagueño,
Le hablan de su pasion y sus amores.

Alza la jóven su semblante hermoso
Volviendo á ellos sus rasgados ojos,
Y dice con acento magestuoso,
¡Dejadme en paz! que me causais enojos.

Me fastidia en verdad vuestra presencia,
Por que mi frente mancha vuestro aliento,
Y luego con glacial indiferencia,
Deja el salon entrando en su aposento.

Los jóvenes se marchan despechados
Del suntuoso palacio de la bella,
Y entre rosas y lirios perfumados,
Sola con su ilusion, quedaba ella.

¡Dulce ilusion de porvenir risueño
Que cruza por su ardiente fantasía,
Y vé con los colores del ensueño
Horizontes de luz y de poesia.

Vé que jirando en torno la esperanza,
En sus álas de rosa la llevaba,
Y el bello Nazareno en lontananza,
Un cielo para ella preparaba.

II

Así pasa la noche la bella Magdalena
Sintiendo que la inunda çeleste inspiracion.
Amor desconocido, sublíme, la enajena,
Amor tranquilo y dulce, amor que el alma llena,
Y en bellos sentimientos envuelve el corazon.

Al fin entre arreboles rasgando el denso velo
De la silencia noche el dia apareció;
Se borda de celajes el bello azul del cielo
El angel de la sombras en presuroso vuelo,
Envuelto en negras nubes al caos se tornó.

La esclava favorita de la gentil judía
Penetra en su aposento temblándole la voz.
En su moreno rostro ostenta la alegria,
¡Venid! al fin esclama! venid señora mia.
Alzad y vamos pronto del Nazareno en pos.

He visto allí en el monte, al jóven misterioso:
De rubia cabellera y labios de coral,
Sus ojos son divinos, su porte magestuoso,
Su cuello de alabastro, su acento melodioso,
Y bella como el cielo su frente virjinal.

Los niños le rodean, ampara al desvalido,
Los muertos resucita y al ciego dá la luz;
Y cura á los leprosos y mísero tullido,
Perdona los pecados ampara al afligido,
Y rasga de las nubes el fúnebre capuz.

La jóven Magdalena levanta el rostro bello
Y deja con presteza su lecho de marfil,
La esencia de las flores derrama en su cabello,
Arregla su ropage, adorna el blanco cuello,
Y queda mas hermosa que el lirio en el pensil.

Y al ver el rico estambre de su bordada falda
Recuerda con orgullo los triunfos de su ayer:
Coloca en su cabeza bellisima guirnalda,
Encubre con su manto su blanca y tersa espalda
Y sale para el monte la espléndida mujer.

III

Y en tanto que Magdalena,
Contemplando el horizonte
Se encamina para el monte,
Palpitante de emocion:
El hermoso Nazareno,
De frente blanca y divina,
Predica dulce doctrina.
De sublime perfeccion.

Bienaventurado dice,
El pobre de humilde vida,
Hermosa flor escondida
Que en el desierto nació.
En el reino de los cielos,
En el jardin del empíreo,
Lucirá ese blanco lirio
Que entre zarzales creció.

Bienaventurado el manso,
De pura y serena frente
Que pasa como la fuente,
Que el valle regando va.
Cruza el áspero camino,
De espinares y de abrojos,
Fijos en su Dios los ojos
¡El la tierra poseerá!

Bienaventurado el triste,
Que siempre entre penas llora;
Porque en verdad atesora
Virtudes su corazon.
Logrará su recompensa
Allá en el reino del cielo.
Y se le dará el consuelo
De perpétua duracion.

Bienaventurado el hombre
Que siente sed de justicia
Y su mas grata delicia
Consiste en hacer el bien.
Por que harto será de gracias,
Allá donde no hay dolores.
Y habitára entre las flores
Que nacen en el Eden.

Bienaventurado el hombre
Justo y misericordioso;
Su corazon jeneroso
Será templo del Señor.
Y grande misericordia,
Alcazará del Eterno,
Que con dulce afecto tierno
Le premiará con su amor.

Serán bienaventurados
Los que en su dulce mirada,
Llevan la paz retratada
Y marchan del bien en pos,
Con la conciencia tranquila
Lograrán la bella palma,
Que tanto ambiciona el alma,
Y alegres verán á Dios.

Serán bienaventurados,
Los que límpios de pasiones
No manchan sus corazones
Con el negro vicio atroz,
Atravesarán el éter,
Y mas allá de las nubes
Les llamarán los querubes
¡Felices hijos de Dios!

Bienaventurado el justo
Que sin vicio ni malicia,
Padece por la justicia
Horrible persecucion.
Con caracteres de sangre
Consignará su memoria.
Y el imperio de la gloria
Se le dará en galardon.

IV

Buscad os digo el reino de los cielos
Do existe la ventura y la grandeza,
Despreciad de la tierra la bajeza
Y á mi padre entregad el corazon,
Asi habla el Nazareno y Magdalena
Fija en su rostro ansiosa la mirada,
Escucha palpitante, trasportada,
De su acento la dulcé vibracion.

Un ánjel bate sus nevadas álas
En torno de su frente alabastrina,
Le hace sentir inspiracion divina,
Y vuelve pronta á su lujoso hogar.
Entra lijera á su dorada estancia;
Quita las joyas de su cuerpo bello,
Queda suelto el magnifico cabello,
Y comienza su pecho á sollozar.

Sí, dice regaré mi triste llanto
Donde ponga su planta delicada;
Mi pobre frente inclinaré humillada
Y tendrá compasion de mi dolor.
Sí porque El es el Salvador del mundo
El supremo Criador de la existencia,
Si perdí en mi delirio la inocencia
El puede reanimar la muerta flor.

Yo quiero alzar un templo aquí en mi pecho
Para llevar su imágen esculpida,
Hacerle el sacrificio de mi vida
Y un altar de mi pobre corazon.
Porque es el Mesías prometido,
Que viene al mundo por salvar al hombre.
Por eso la dulzura de su nombre,
Traspasa el alma á la celeste Sion.

Dice y prepara en copa de alabastro
Blanca como del niño la conciencia;
Del bello nardo la fragante esencia,
Y el aroma del trébol y el jazmin.
Y sale envuelta en un sencillo manto
De su palacio y corre presurosa,
El llanto rueda por su faz de rosa,
Y lo vá recojiendo un querubin.

Llega al monte no está, tiembla y palpita,
Su ardienre corazon acelerado,
Y pregunta su lábio sonrosado.
¿No le habeis visto, donde esta Jesus?
Y le conoceis ¡es bello entre millares!
¡Mas hermoso que el sol y las estrellas!
Su planta deja rutilantes huellas,
De su doctrina protectora luz.

V

Y en tanto que ella camina
Veloz cual lijera nave,
Jesus con semblante grave,
Llega á casa de Simon.
La paz sea en esta casa
Dice al entrar, y la calma.
Habite siempre en el alma,
Y en el recto corazon.

Y se sienta el Nazareno
Del fariseo á la mesa,
Alza la rúbia cabeza
Y se le oye suspirar.
Vuelve sus divinos ojos
Fija su límpia mirada
En la plebe, que apiñada,
Pugna por querer entrar.

De pronto la Magdalena
Se abre paso y entra ansiosa,
Y postra su faz de rosa,
A los piés del Salvador.
Corre su copioso llanto;
Hasta lavarle la planta,
Y su torneada garganta
Seca está por el dolor.

¡Dolor profundo¡ ¡sublime!
Que el corazon santifica
Y le abrasa y purifica,
En el fuego de la fé.
En el polvo de la tierra,
Arrastra el rubio cabello,
Inclina su rostro bello
Y besa humilde su pie.

Y recordando con fatal tristeza,
De su pasado la fatal historia,
Llora sus triunfos y mentida gloria,
Y su frente se cubre de rubor:
Vierte la esencia de fragante nardo,
Que va mezclada con su ardiente llanto,
Besa temblando la orla de su manto,
Y unje sus piés con infinito amor.

El fariséo altivo y orgulloso,
Que á Jesus convidara en el Santuario,
En sus juicios audaz y temerario
Siente en su pecho grande indignacion.
¿Cómo es que este hombre, en su interior decía,
Con esa frente pura y candorosa
Admite á la mujer escandalosa
Manchada con la infamia y el baldon.

¿Y cómo si es profeta no conoce
Que esa mujer liviana y pecadora
Que unje sus pies y con amor le adora:
No conoce el decoro y la virtud?
Y si es justo ¿porqué? no le reclama.
¿Porqué? la deja alli llorar postrada:
Cuando el fuego fatal de su mirada.
Abrasa la inesperta juventud.

Jesus levanta los divinos ojos,
Y al fariseo con semblante grave:
Donde jamás reflejan los enojos
Habla tranquilo y con acento suave.
Dime, Simon le dice dulcemente
Con su voz melodiosa y vibradora;
Mas pura que el suspiro del ambiente
Y el lamento del arpa jemidora.

VI.

Dí, si hubiesen dos deudores:
Por la miseria agobiados,
Y al verles tan desgraciados.
Perdonara su acreedor,
Uno cincuenta denarios,
Y el mas infeliz quinientos.
Y calmase sus tormentos.
Aliviando su dolor:

Dime ¿quién de los deudores
Amará con mas ternura,
Al que endulce la amargura
Devolviéndole la paz?
Simon contesta turbado:
Con voz un tanto violenta,
El de mas crecida cuenta
Debe ser el que ama mas.

Bien has dicho; contesta el Nazareno:
Esta pobre y humilde pecadora,
Al levantarse del inmundo cieno,
Con gran ternura su perdon implora.

Ama en verdad la caridad sublime,
Penetra en su alma cual fragante esencia,
Y en tanto que humillada á mis pies jime,
Pura y brillante queda su conciencia.

Y luego suspirando con tristeza,
Dice: Simon yo vine á tu morada.
Y no unjiste con óleo mi cabeza,
Ni me lavaste en agua perfumada.

Ella lava mis plantas con el llanto,
Que ardiente brota de sus ojos bellos;
Y confundida y llena de quebranto
Les enjuga tambien con sus cabellos.

Y vertiendo la esencia de las flores,
Para unjirme recuerda su pecado,
Pobre mujer henchida de dolores,
Yo le perdono por que mucho ha amado.

¡En verdad! ¡en verdad! que la memoria,
De lo que hace la pobre Magdalena:
Quedará impresa en la sagrada historia,
Y ella feliz y de ventura llena.

Y luego con acento delicioso,
Donde no vibra el arrogante tono
La dice con semblante majestuoso
Levántate mujer yo te perdono.

VII.

Alzando la hebrea del suelo los ojos
Recibe en el alma divina impresion,
Un golpe de gracia reduce á despojos,
Las últimas huellas de humana pasion.

Entreabre los labios de nacar y rosa,
Y lanzando un suspiro con trémula voz,
Esclama la bella temblando y ansiosa,
Jesus Nazareno, ¡no hay duda es mi Dios!

Entónces confiesa la jóven ardiente,
Que es Rey de los reyes y Dios de Israel,
Doquiera le sigue, le adora ferviente,
Le sirve amorosa y existe para él.

¡Qué importan las glorias del mundo que deja!
Si ve en lontananza magnfico eden,
Do el llanto no llega ni se oye la queja,
Y solo se aspiran las auras del bien.

Y ve en sus ensueños brillantes querubes,
Que tejen sonriendo corona inmortal;
Y cruzan el éter rasgando las nubes,
Y jiran velando su sueño letal.

VIII.

Mas de pronto cual tromba de rayos,
Que revienta en la cresta del monte.
Y rasgando el inmenso horizonte
Se derrumba con recio fragor,
La amargura anubló la existencia,
De la bella y jentil Magdalena,
Cual marchita la blanca azucena,
Del turbion tempestuoso el rigor.

Al Señor el escriba inhumano,
Con nefanda y terrible violencia,
A morir sin piedad le sentencia
Derramando su sangre en la cruz:
El azote desgarra su cuerpo
Las espinas coronan su frente
Y en un duro madero pendiente,
Muere en fin el divino Jesus.

Y la jóven y hermosa pecadora,
Trepa tambien el áspero calvario,
Y la insulta el grosero legionario,
Mas ella marcha del Creador en pos.
La cruz rodea sus torneados brazos
Pega en el polvo su semblante bello,
Con la sangre se empapa su cabello
Que gotean las venas de su Dios.

El terremoto con furor retumba,
Se desborda chispeante catarata;
Los ceibos seculares arrebata
En la hermosa y selvática region.
El torrente inundando la planicie:
Arrastra los peñones y la arena,
¡Ay! mas solo le importa á Magdalena,
El dolor de su pobre corazon.

Cruza el rayo de un polo, al otro polo,
Cruje del globo el eje de diamante.
En tanto que ella besa palpitante,
Del Redentor el enclavado pié.
Y de la Vírgen santa y sin mancilla
Que muerto á su hijo en el Calvario viera
Es la dulce y humilde compañera,
La que en su tiempo pecadora fué.

Le ayuda á sepultar el santo cuerpo
Su llanto enjuga, tierna y reverente,
Y le consuela en su dolor vehemente:
Con dulcísima y suave caridad.
Es tambien Magdalena la primera:
Que viéndo al Salvador resucitado.
Y de gloria divina circundado,
Goza inefable y gran felicidad.

Despues le ve cruzar el ancho espacio,
Reclinado en las orlas de las nubes
Y entre miles y miles de querubes,
Llegar triunfante á la celeste Sion.
Y cual trofeo de la gran batalla
Que sostuvo su brazo omnipotente,
Con la astuta y fatídica serpiente.
De Magdalena lleva el corazon.

IX.

Mas tarde en playa desierta,
Entre rocas escarpadas,
Do se rompen apiñadas
Las turbias olas del mar.
Y los fuertes aquilones
Rasgando la densa bruma,
Levantan copos de espuma
Que deshacen al flotar.

Donde el alto cocotero,
Mece su verde ramaje,
Ocultando entre el follaje
Al pajarillo cantor,
Y la brisa bienhechora
Juguetona y perfumada,
Va jirando en la enramada
Con misterioso rumor,

Y las fuentes jemidoras,
Cruzan cual sierpes de plata,
Y cae la catarata,
Con eterno rebramar;
Allí una jóven hermosa,
En la arena se arrodilla,
Y en su pálida mejilla
El llanto se ve rodar.

Ciñe el áspero silicio
Su cuerpo torneado y bello,
Y cae suelto el cabello
Por su espalda de marfil.
Luego con incierto paso,
Se interna por la montaña,
Cuando el sol con fuego baña
De los cerros el perfil.

Levanta los bellos ojos
Al hermoso azul del cielo,
De donde viene el consuelo,
Al miserable mortal.
Y allí queda contemplando
Los grupos de blancas nubes.
O quizá de los querubes
El semblante virjinal.

Mas ¿quién es la bella jóven
De rubia y suelta melena?
Es la gentil Magdalena,
Que tan vanidosa fué.
Mas hoy sus pecados llora
Humillada y penitente,
Llevando en el alma ardiente
Y en el corazon la fé.

X.

Y al trepar por la sierra pedregosa
Rasga sus pies la punzadora espina,
Baña el sudor su bella faz de rosa,
Y con su llanto riega la colina.

Al fin penetra en una triste cueva,
Cubierta de zarzales y maleza,
Con beatitud sus blancas manos pliega,
Y ante una cruz inclina la cabeza.

Alli acabó sus dias Magdalena
En rigorosa y dura penitencia;
Llevando siempre con acerba pena,
La marchitada flor de su inocencia.

Mas al fin levantándose del suelo
Donde corrió su penitente llanto,
Su alma veloz se remontó hasta el cielo,
Y yo su historia conmovida canto.

A mi hija Luz.

Hija del corazon, mi dulce encanto:
No sabes niña lo que el alma siente
Cuando á tus ojos enrojece el llanto.
Y el amargo pesar nubla tu frente.

¡Ay! al darte la vida entre dolores
Deseaba yo con maternal desvelo
Tu sien de rosas coronar de flores,
Y hacer mi bien, de tu existencia un cielo.

Deseaba yo, pedazo de mi alma,
Darte un eden de plácida ventura;
Donde reinara la serena calma.
Donde nunca llegase la amargura.

Mas ¡ay de mí! voluble mi fortuna,
Se disipó cual vaporosa nube;
Y solo pude ya mecer tu cuna
Llorando sobre tí blanco querube.

Llorando sí, como la madre llora
Cuando piensa que el hijo de su vida,
Puede llorar tambien hora tras hora,
Bañando en llanto su alma dolorida:

Cuántas veces cayendo de rodillas
A Dios enviaba mi plegaria ardiente,
Cuando el llanto rodando en mis mejillas
Salpicaba, mi bien, tu limpia frente.

Mi triste corazon hecho pedazos.
Entónces renacia á la esperanza,
Te arrullaba mi Luz, entre mis brazos,
Viendo brillar el cielo en lontananza.

El cielo, niña, porvenir hermoso
Del que riega la tierra con su llanto;
Del que lleva en sus lábios el sollozo
Y en su rostro la huella del quebranto:

¡Ay! busquemos allí nuestra alegría
Entre los brazos del Creador inmenso;
Y sea tu oracion dulce armonía,
Nube dorada de fragante incienso.

El mundo solo brinda la amargura,
El negro desengaño y los tormentos:
Y en su copa de espléndida hermosura
Solo se hallan amargos sufrimientos.

No te alucinen niña sus colores,
Si al contemplar su brillo te fascinas:
Entre sus bellas y fragantes flores
Encontrarás mi bien, crueles espinas.

El ánjel de tu guarda, con sus álas
Te cubra siempre encanto de mi vida;
El vista tu alma de celestes galas
Y te libre del mundo, hija querida.

A una amiga en la muerte de su esposo.

Siento el pecho romperse en mil pedazos
Al ver tu triste y doloroso llanto,
La cruel angustia y el fatal quebranto,
Que laceran tu tierno corazon;
Y quisiera calmando tus pesares,
Poderte devolver la paz del alma;
La dulce dicha y la perdida calma,
Y mitigar tu bárbara afliccion.

¡Mas ay de mí! que la infeliz Vicenta,
Solo puede llorar con el que llora:
Y al Ser Supremo compasion implora
En medio de su atroz adversidad;
Lloremos pues, que el llanto y la congoja,
Siempre tienen su bella recompensa;
Y ofrece Dios premiar la pena intensa,
Con sublime inmortal felicidad.

Es bello padecer, Cármen querida,
Dios padeció tambien en el Calvario;
Y Maria, su llanto funerario,
En las rocas del Gólgota regó.
¡Es bello padecer!, el desgraciado
Tiene en el cielo su brillante palma;
Y premia Dios con sempiterna calma.
El dolor que en el mundo padeció.

Dios ve tu corazon; y complacido,
Va contando las gotas de tu llanto
Y está tejiendo tu corona en tanto,
Que tú lloras transida de dolor;
Hace que se conviertan tus suspiros
En suave aroma que á los cielos sube,
En manos de un bellísimo querube,
Que los lleva hasta el trono del Señor.

Llora: mas al través del triste llanto
Vuelve al empíreo tus serenos ojos
No veas de la tierra los abrojos,
Que están manchados de asquerosa hiel
Porque aquí solo reinan los dolores,
La negra angustia y el acerbo duelo
Y por eso tendiendo el raudo vuelo,
Otro mundo mejor buscó Miguel.

Mírale allí, gozando mil delicias;
Ciñe su frente el lauro del martirio:
Y mas hermosas que el fragante lirio,
Son las flores que lucen en su sien.
Valor mi dulce amiga, que tus hijos,
Necesitan de tí, Cármen querida;
A ellos consagra tu preciosa vida
Que tu esposo ya mora en el Eden.

A MI HIJA LUZ

EN SU CUMPLEAÑOS.

Goza feliz encanto de mi vida
De tu lozana y fresca primavera;
Jamás la mano de suerte fiera,
Siembre el dolor en tu alma bendecida.

Tú no sabes mi bien ¡cuanta ternura!
El desgarrado corazon encierra,
De la que te dió el ser sobre la tierra
En medio del pesar y la tortura.

¡Ay! cuando léjos de mi patria amada
Sola en el mundo, y llena de congoja,
Semejante á la flor que se deshoja
Iba á morir, por el dolor tronchada,

¡Te ví nacer! y mi profunda pena,
Llegué á olvidar pensando en las delicias
Que iban á regalarme tus caricias
Fresco boton de cándida azucena.

¡Ah! cuantas veces en tu faz de rosa
Rodó mi triste y doloroso llanto,
Cuando en mis horas de mortal quebranto
Te estrechaba en mis brazos amorosa!

Y tu arrullo de nítida paloma
Aliviaba hija mia, mi martirio:
Entónces te besaba con delirio,
Y de tus lábios aspiré el aroma.

Nunca el tormento en tu camino veas;
Y el ánjel tutelar de tu pureza,
Esconda entre sus álas la belleza,
De tu alma virjinal; ¡bendita seas!

A Julia en su boda.

Mas bella que las flores, que lucen en el prado
Mecidas por el soplo del aura matinal!
Mas linda que los nardos y el lirio nacarado,
Abriendo pudoroso su broche delicado
Es dulce Julia mia, tu rostro anjelical.

Por eso yo te veo aquí en mi triste mente
Llegar cual llega un ánjel, al templo de Sión;
Y ante el altar sagrado postrarte reverente
Ciñendo de azahares la pudorosa frente
Que realza entre los pliegues del velo de ilusión.

Y escuchas de tu esposo el tierno juramento
Que junto á tí pronuncia de hinojos ante Dios:
Entónces tú respondes con melodioso acento
Que guardas en tu pecho el dulce sentimiento,
Que enlaza para siempre la suerte de los dos.

Así es como te veo aquí en mi fantasia;
Hermosa como un ánjel de gracias y candor,
Y veo la sonrisa de plácida alegria
Que entre tus lábios rojos rebosa amiga mia,
Mas suave que la brisa jugando con la flor.

¿Porqué querida Julia me encuentro tan distante
De aquel risueño nido donde feliz nací?
¿Porqué no te acompaño en el dichoso instante
Que á tus hogares vuelves hermosa, palpitante,
Rodeada de tus padres que viven para tí?

A mi amigo Jorge Azmitia.

De tu alma bella el delicado armiño
Conserva su preciosa transparencia;
Tienes aun el corazon de niño,
Y ya en tu faz se ve la intelijencia.

¡La intelijencia! protectora llama
Que engrandece á los hombres de talento,
Y sobre el mundo su fulgor derrama
Siendo su primer chispa el sentimiento.

Ese fuego magnífico y potente
Se ve lucir hermoso en tu mirada,
Y hará que sea tu serena frente,
Mas tarde de laureles coronada.

Tambien eres sensible; el que padece,
Encuentra en tí, su cariñoso amigo;
Y el acerbo pesar se desvanece
O se mitiga al conversar contigo.

La mujer que meció tu blanda cuna
Es amable, simpática y graciosa:
Pura como los rayos de la luna,
Y suave cual le esencia de la rosa.

Como en su boca mora la poesía
Sus consejos te hicieron jeneroso:
En un beso te dió la simpatía:
De ella tomaste el corazon hermoso.

Por eso cuando veo tu semblante,
Gratos recuerdos surjen en mi mente:
Creo ver á tu madre palpitante....
Ebria de amor, acariciar tu frente:

Escucho que me dice con ternura:
¡Qué hermoso es, el hijo de mi vida!
Y con inmensa y maternal dulzura,
Te sigue acariciando conmovida.

Por eso te amo yo, porque ella te ama,
Con ese amor inestinguible y santo:
De tu grata amistad la dulce llama,
Viene á secar las gotas de mi llanto.

A Alberto Rubio,

EN SU BODA CON MI HIJA MARIA.

Yo te entrego la vida de mi vida,
Humilde flor que amaba con delirio
Con mi aliento, y mi sangre fué nutrida.
Y suavizó mis horas de martirio.

Todavia recuerdo la sonrisa
De su gracioso labio purpurino,
Mas poética que el soplo de la brisa
Jugando con el lirio alabastrino.

Y recuerdo tambien cuando llorosa
Mi sien calenturienta acariciaba,
Rodeándome en la noche silenciosa,
Cual ángel puro que por mi velaba.

Ella calmó mi acerba desventura,
Ella enjugaba mi ardoroso llanto,
Convirtiendo con momentos de dulzura
Mis largas horas de mortal quebranto.

¡Ay! cuántas veces sorprendí la pena
Reflejar en su pálido semblante.
Cuando queria aparecer serena
A la faz de su madre agonizante.

Entonces yo ferviente suplicaba
Al cielo, que la hiciera venturosa:
Quizá el Señor la suplica escuchaba
Que salia del alma dolorosa,

Y por eso tan digno y caro esposo,
Le deparó premiando su ternura,
Que honrado, leal, afable y bondadoso,
La circunde de amor y de dulzura.

Ante las áras del Creador eterno
Bendigo vuestra union hijos del alma;
Y en los trasportes del amor materno,
Pido la paz y la tranquila calma,

Pido que el cielo colme de favores
Vuestra bella existencia bendecida,
Librándoos de los bárbaros dolores
Que han desgarrado mi azarosa vida.

Yo quisiera formar un paraíso
Donde esconderos en mi amante anhelo:
Mas ¡ay! mi suerte y mi fortuna quiso,
Darme tan solo amargo desconsuelo.

Mas al través del llanto dolorido
Que ardiente arrasa mis cansados ojos,
Envuelta en un tristísimo jemido,
Os doy mi bendicion puesta de hinojos.

A la Música.

La orquesta derramando torrentes de armonía.
Imita los murmúrios de ignoto manantial;
Resuena de las voces la grata melodía,
Cantando como canta dulcísimo turpial.

Parece que la flauta se queja sollozando
Sintiendo lo que siente mi pobre corazon;
Y lanza sus jemidos en dulce relentando,
Muriendo lentamente cual muere el calderon.

¡Qué tiernas vibraciones! los trinos y el mordente.
Remedan los suspiros del aura matinal.
Deslizan las escalas cual bulliciosa fuente,
Y van marcando el tiempo los golpes del timbal.

Cuando el artista pulsa con gusto el instrumento.
Arranca de las cuerdas cromático veloz,
Producen los trombones los bramidos del viento.
Y suena palpitante su metálica voz.

¡Potente! ¡melodioso! derrámase el crechendo:
Alegres los bibaches se escuchan resonar.
Los bajos retumbando con delicioso estruendo.
Remedan los fragores del tempestuoso mar.

¡Oh musica sublime! la voz del universo
Te presta su armonía, te da su vibracion.
Si fuera yo poetisa, en cadencioso verso,
A tí dedicaria la bella inspiracion.

El jénio de las tumbas mis cánticos inspira
Mi voz es el lamento, la queja del dolor.
Perdona si pulsando mi destemplada lira.
Exhala solamente suspiros en tu loór.

Al anochecer.

¡Mirad! en el ocaso se esconde el claro dia:
La sombra va tendiendo su negro pabellon.
Ya flota suspirando la perfumada brisa,
Porque no ve la frente bellísima del sol.

Inclínanse las flores cual vírgenes dormidas
Cubiertas con el velo precioso del pudor,
No retratan los sauces las fuentes cristalinas:
Ya no se ven los jiros veloces del gorrion.

Tras la jigante cresta de la cercana loma
La reina de la noche comienza ya á surjir.
Estiende en el espacio su cabellera blonda
Y alumbra de los montes el áspero perfil.

Los pálidos luceros cual puntos luminosos,
El manto de la noche comienzan á bordar.
Se escucha de las auras el soplo cadencioso
Cual el murmúrio leve de ignoto manantial.

Todo es mistério, sombra, el mundo se adormece
El éter va perdiendo su bello tinte azul:
Agrúpanse las nubes, las aves se entristecen,
Porque no ven las rayos brillantes de la luz.

Así como la noche su negro manto tiende
Cubriendo el hemisfério en fúnebre crespon,
Los crueles desengaños cubrieron para siempre,
La dicha y en mi alma dejaron el dolor.

A UNA AMIGA AUSENTE.

EN SU BODA.

Quisiera yo volar, mi dulce amiga.
Con la velocidad del pensamiento,
Y acompañarte en el feliz momento
En que llegues de Dios hasta el altar.
¡Ah! creo ver tu faz encantadora
Cubierta con el velo transparente
Y tu serena y pudorosa frente
Ciñendo la guirnalda de azahar.

¡Bellísima estarás querida Concha!
De tus lábios la plácida sonrisa,
Debe ser como el soplo de la brisa
Jugando con las hojas de una flor.
Suelta en rizos la rubia cabellera
Te dará la hermosura de las hadas:
En tus tersas mejillas sonrosadas
Brillarán los colores del pudor.

¡Y yo no estoy allí Conchita mia,
Para gozarme viendo tu belleza
Tu juvenil y régia jentileza
Y de tus ojos garzos la espresion!
Porque aquí sumerjida en triste duelo
Solo tengo dolor y desventura:
Y por eso cubierto de amargura,
Te envio mi afligido corazon.

A mi hija Luz, en su dia.

Quisiera yo cantar hija del alma
La clara luz de tu precioso dia,
Con la suave y brillante melodia
Conque canta el arpado ruiseñor.
¡Mas ay de mí! que el corazon herido
Por la mas cruel, horrible desventura,
Solo tiene jemidos de amargura
Y tristes ayes de mortal dolor.

Porque las cuerdas de mi pobre lira
Rotas están, por el acerbo duelo,
Y siempre envuelta en triste desconsuelo
Ya de mi mente huyó la inspiracion.
Mas al través del tiempo que ha pasado
Y del negro crespon de mi tristeza,
Recuerdo aun la célica belleza
De aquel dia, de espléndida ilusion.

En que te ví mi bien, por vez primera,
Aliviando Lucita mi existencia:
Radiante de hermosura y de inocencia
En mis maternos brazos reposar.
Y luego levantar tus manecillas
Acariciando mi marchita frente
Y con los besos de tu amor vehemente,
Las sombras de mi vida disipar.

Por eso yo quisiera encanto mio
Tu sien de rosa corona de flores;
Librarte del pesar y los dolores
Que han herido mi pobre corazon.
Por eso envuelta en mi mortal angustia
Y bañados en lágrimas mis ojos,
Ante el Señor postrándome de hinojos,
Te doy mi bien, mi tierna bendicion.

A un pensamiento marchito.

Marchito y deshojado pensamiento
Sin galas, sin perfumes sin olores:
Al separarte de las otras flores,
Perdiste tu frescura en el momento.
Tronchó tu tallo sin piedad el viento,
Apagando tus vívidos colores,
Cual matan mi existencia los dolores,
Y el amargo y contínuo sufrimiento.
¡Ven á mi pecho despreciado abrojo
Imájen fiel de mi mortal tristeza!
De una flor primorosa eres despojo,
¡Y nada tienes ya de tu belleza!
Amarillenta, mústia, sin encanto.
Recibirás las gotas de mi llanto.